

ESTUDIOS Y FIGURACIONES
SOBRE LA VIDA DE JESUS

BIBLIOTECA POPULAR

Volumen 14

Primera edición
Tipografía La Unión,
San Salvador, 1927

Segunda edición
Universidad Autónoma de El Salvador,
Biblioteca Universitaria Volumen XXII,
Talleres Gráficos Cisneros,
San Salvador, 1951

Tercera edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura,
San Salvador, 1956

Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.

1 9 5 6

ALBERTO MASFERRER

Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús



MINISTERIO DE CULTURA
DEPARTAMENTO EDITORIAL
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Biblioteca Popular
dirigida por
TRIGUEROS DE LEON
Portada de Carlos Mérida

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

NOTA EDITORIAL

EL alto valor humano de Jesús ha sido siempre un tema inspirador de grandes escritores. Fuera del interés religioso que para el cristianismo representan los Evangelios, se les puede considerar como el primer monumento literario, de alto sentido creador, fuente, en todos los siglos posteriores, de una rica vena literaria dentro del mundo de Occidente.

Raro es el escritor que no se ha ocupado de Jesús presentándole a través de sus profundas enseñanzas, unido de poesía, de gracia, de belleza... Para no citar sino a algunos autores contemporáneos, debemos referirnos a Giovanni Papini, quien en el año de 1921 publicó su Historia de Cristo, ahora traducida a casi todos los idiomas, la cual está escrita con fervor y sentido lírico, afirmando su fe y su sed de salvación. Francois Mauriac es también autor de una Vida de Jesús que interesó igualmente a quienes se ocupan de la exégesis y de las letras. Gabriel Miró, con intención poética talló las admirables páginas de sus Figuras de la Pasión del Señor.

El escritor salvadoreño Alberto Masferrer (1) tuvo siempre el proyecto de escribir una extensa vida de Cristo, a la cual habría de consagrar sus mejores esfuerzos; sin embargo su propósito no logró realizarse plenamente, habiendo escrito tan sólo algunos capítulos que aparecieron el año de 1927, bajo el título Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús y que ahora incluimos en la Biblioteca Popular, con la seguridad de que serán bien recibidos y comentados por los lectores.

Masferrer, en estas páginas, abandona el tono didáctico que caracteriza a otras obras suyas y eleva su estilo a una altura lírica acorde con el tema tratado.

Refiriéndose a la obra de Masferrer que ahora editamos, dice el escritor salvadoreño Francisco Morán: "Ni en Renán, ni en Papini, ni en ninguno de los que conocemos por estudiosos de la vida de Jesús, podrá encontrarse una manera más hábil y más convincente de humanizar lo divino de Cristo, para edificación y consuelo de los hombres. Nunca se logra explicación tan lógica y sencilla, al par que respetuosa, de misterios como el de la Anunciación, la Encarnación y el Bautismo."

La obra de Masferrer se caracteriza por su sencillez, por lo flúido del pensamiento, por un fondo de verdad. Es siempre la voz de un hombre que se emociona, la palabra de un Maestro que cala hondo en la conciencia de su pueblo.

Extensa es la bibliografía de Alberto Masferrer. En futuras ediciones aparecerán otros títulos del mismo autor.

(1)—Alberto Masferrer nació en Alegría, Departamento de Usulután, el 24 de Julio de 1868 y murió en San Salvador, el 4 de Septiembre de 1932.

ANUNCIACION Y NACIMIENTO

I

EN el año 749 de la Era Romana, siendo emperador Octavio Augusto y reinando en Judea Herodes el Grande, un día del mes de mayo, María, joven de Nazaret, salió de su aldea y se encaminó a *Yuttah*, en busca de su amiga y pariente Isabel, mujer de Zacarías, sacrificador en el Templo.

La mañana era luminosa y primaveral. La brisa remecía los olivos en flor, atersaba el follaje de los terebintos, y desflecaba el plumaje de los mirlos, que laudaban al Sol desde las altas ramas de los cedros.

Una luz esplendente aureolaba todas las cosas; sus rayos parecían fluir de todas partes, no como reflejos sino como vivas y prístinas emanaciones. Aun las piedras oscuras circundábanse con un halo

de plata, y entre la tierra y el cielo ascendía y descendía la gloria del Sol, como para celebrar una conjunción de fuerza y de amor, de plegaria y de triunfo.

Por el camino polvoriento iba la joven galilea, sueltos al viento los bucles de oro y seda, con más luz en los ojos que los zafiros del Azul, más leve y grácil que las espigas del trigal, más jubilosa y cantarina que los mirlos, más juguetona que la brisa, más extasiada que las alondras. Emergían de todo su ser la sonrisa y el canto, cual si la bienaventuranza de todas las cosas tuviera en ella su manantial; como si toda aquella claridad y aquella gracia fueran sólo el reflejo de su corazón.

Comenzando el día tercero de su viaje, divisó desde el fondo de un valle la colina violeta en que se alzaba la casa de Isabel; y todavía el Sol no alcanzaba al zenit, cuando ya María estaba en casa de su prima.

Isabel, gozosa, fué a su encuentro, y teniéndola aún entre sus brazos, pidió noticias de aquel viaje.

María, arrebatada, encendida de amor y de gozo, prorrumpió en voces que más que palabras semejaban un cántico:

—“Isabel, ¡ha venido, ha descendido, y está en mí! El Salvador, el Enviado, ha descendido, al fin... Y yo, mísera sierva, le llevo en mis entrañas!

Yo, vil arcilla, fui escogida para guardar la esencia Divina.

Isabel, de ahora y para siempre yo soy la escogida, y las edades todas me llamarán bendita...

El, la Luz, la Redención, sin reparar en mi baja-za, depositó en mi seno su divino Espíritu...

Y ahora, yo, la oscura, la esclava, soy el cáliz de que saldrá una estrella!...

¡Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se arroba en Dios mi Salvador!

Su nombre es *Santo*, y su misericordia para los que le temen, traspasa las edades.

Su brazo dispersó a sus enemigos, como el soplo del viento a las nubes fugitivas.

El desvanece a los soberbios, con la misma ceguera de su orgulloso corazón.

El derriba a los poderosos, y ensalza a los que yacen en el polvo.

El colma de dones a los míseros, y torna vacíos a los que desbordan en riquezas.

Y ahora, su misericordia se ha posado sobre Israel, según lo prometió a nuestros padres y a sus descendientes, para siempre!..."

Isabel, conmovida y enternecida, exclamó:

—“¡Bendita seas tú, que creíste! Bendita serás entre todas, y bendito será para siempre el fruto de tu seno.

Bienaventurada seas, porque no dudaste de la

palabra del Señor; porque creíste en las promesas del Espíritu.

Y bienaventurada soy también yo, porque viene a traerme su gozo la madre de mi Señor.

Y bienaventurado el niño que llevo en mis entrañas, pues se ha estremecido al eco de tu voz...

Gloria al Señor en las Alturas, y paz a los hombres en la Tierra, pues han recibido a su Salvador!...

II

¿Qué significaba este alborozo de Isabel y María? ¿Qué gozo intenso las arrebataba, hasta el punto de que su palabra se convirtiera en cántico?

Era el advenimiento de un niño, a quien las generaciones israelitas venían esperando desde hacía mil años; de un nuevo caudillo, mayor que todos los que pasaron, y que, libertador definitivo, aseguraría para siempre la libertad y el poderío de Israel.

Este pueblo a quien Moisés rescató de Egipto, con la promesa de darle el cetro de la tierra si permanecía fiel a Jehová, había caído una vez más en la sujeción, pasando antes bajo todos los yugos. Raros momentos de libertad que le concedieran sus dueños o que circunstancias inesperadas le trajeran, habían servido para rehacer fugazmente su nacionalidad; pero siempre, una nueva coyunda le ataba al

carro de algún nuevo conquistador. Nínive, Babilonia, Egipto, los Persas, los Griegos, los Romanos, le subyugaron uno tras otro, robando sus tesoros, ultrajando su Templo, dispersándole, confundiéndole entre la masa innumerable de sus otros cautivos.

Nación, en realidad, ya no era, y lo único que le alentaba y confortaba era la fe de ser un día reconstituído para siempre; y entonces, y *para siempre*, sería él, a su vez, el señor, el dominador de las gentes.

En verdad, era necesaria una fe obstinada para mantener aún tal esperanza. Del dominio de los imperios asirios, que se formaban como una tromba, pero que así también se deshacían; del suave yugo de los Persas, que les fué tan propicio, habían venido a caer bajo una mano férrea, inmovible, que ya nunca se alzaba del cuello que oprimía; de Roma, que no sólo conquistaba sino que absorbía, haciendo entrar en su vasta unidad a los pueblos sometidos; fundiéndolos en un crisol único, en que la nacionalidad desaparecía.

Antes de Roma, cabía para los pueblos subyugados la esperanza de que un nuevo y más grande poder se alzara frente al conquistador, y le subyugara a su vez, dando así coyuntura a las pequeñas naciones cautivas de recobrar su independencía, o de suavizar su esclavitud al cambiar de señor. Pero

ahora toda eventualidad propicia era ilusoria: ya no había imperios; ya no había Faraón ni Gran Rey, ya no había Babilonia, ni Persia, ni Grecia; ya sólo había Roma, y en Roma, César, único; rey, pontífice, emperador, dueño y señor del Mundo. La esperanza había huído de la Tierra, arrojada por la sombra de César.

En este momento, cuando escuchamos el himno de María y la salutación de Isabel, Palestina se hallaba poblada de judíos, griegos, sirios, romanos, idumeos y otros, predominando la gente de origen israelita. Lazo de unión política, casi no había entre ellos; el vínculo era principalmente la idea religiosa, que fuera creciendo a medida que los otros se rompían o aflojaban. En el pasado, fulgía aún el nombre de David, que significaba el auge, el poder; en el futuro, el del Mesías, que significaba la esperanza. Cuando él viniera, los restos aventados del antiguo Israel se reunirían; los opresores serían arrojados; se fundaría el Reino Universal, teniendo por cabeza a Jerusalem, y entonces, de todos los confines de la Tierra vendrían las gentes con ofrendas para las aras del Templo y tributos para las cajas del Rey.

Digamos que al influjo de los profetas se había ido formando, lentamente, una nueva y muy otra significación de la venida del Mesías: se trataba no ya de un caudillo, sino de un profeta capaz de

llevar a su máxima realización los ideales que se atribuían a Moisés.

El Mosaísmo, que nunca llegó a realizarse bastante; que sólo en ciertos momentos y en escasa medida fué de veras la Ley, encerraba en sí la virtud de generar toda salud. Los Profetas, unánimes, habían dicho: todas las desgracias de Israel, hambres, tiranías, cautiverios, derrotas, cismas, le vienen de que prevarica, de que adora a otros dioses. Y se esperaba que el Mesías vendría, precisamente, a restaurar la Ley, a purificarla y a cumplirla.

Ahora bien, los años pasaban, el pueblo caía más y más en su postración, el yugo era cada vez más pesado, y el Salvador no aparecía. Aquel a quien todos ansiaban, permanecía en el misterio, sordo a los clamores de un pueblo en agonía...

¿Por qué?...

La respuesta ya la habían dado los Profetas. Cada vez que un desastre se abatía sobre Israel, algún profeta le gritaba, entre súplicas y amenazas: "Haz penitencia, purifícate. El Señor no volverá sus ojos a ti mientras no te limpies de iniquidad".

Así, gradualmente, el pensamiento de los mejores acabó por cristalizarse en esta afirmación: El Mesías no viene, porque no nos hacemos dignos de él; *ni vendrá mientras no allanemos sus sendas ni enderecemos sus caminos.*

Es decir, *se necesitaba que el corazón de Israel*

se acrisolara, para que esa fuerza divina que se llama esperanza, alcanzará a influir en la voluntad del Señor. Este no enviará a su hijo, sino cuando fuera atraído a la vida terrestre por la voluntad ardiente y pura de quienes lo clamaban.

*

Conviene detenernos sobre esta creencia, para que luego podamos comprender muchos enigmas que se relacionan con Jesús. Según los videntes israelitas, egipcios, griegos e hindúes, la venida de un Redentor es un fenómeno sujeto, como todos, a leyes inmutables. En el momento justo advendrá un Salvador para disipar las tinieblas espirituales, tan seguramente como el Sol adviene para disipar las tinieblas de la noche... Acaso un Salvador no es sino un *Sol Espiritual*, que recorre también una órbita, surgiendo de planeta en planeta, en el momento en que la oscuridad del alma es ya muy densa y se necesita que la luz del espíritu la disipe y ahuyente...

Y uno de los misterios de esa ley, es que el aparecimiento del Redentor *puede apresurarse*, si el pueblo que le espera enfoca su voluntad en esa aspiración, y *endereza sus caminos* en conformidad con su esperanza. Diríase que la fe de las multitudes se convierte, entonces, en un imán poderosísimo.

mo, que *provoca y acelera* el advenimiento de la Grande Alma, del *Hijo de Dios*.

Esta creencia, viva y razonada en la mente de los Profetas, era para las multitudes israelitas vaga y nebulosa, y sólo asumía los caracteres de una verdad precisa, en el pensamiento de algunos escogidos. Tales eran Isabel y María; aquélla de familia sacerdotal, y la segunda, iniciada en las doctrinas de los Esenios.

Como esenia, María creía *que era posible apresurar la venida* del Redentor; y además que *si hubiese en Israel una virgen, ya de por sí muy pura e ingenua, que se esforzara en alcanzar un altísimo grado de espiritualidad*, entonces, en virtud de aquel magnetismo de que ya hemos hablado, una alma celeste, un *Hijo del Espíritu Santo*, vendría a encerrarse en aquel vaso de pureza.

Desde muy joven, María concentró sus anhelos en aquella idea, y llegó una hora en que ésta, alcanzando en los senos de su alma una intensidad desbordante, emergió de su imaginación en forma de un ángel, de cuyos labios escuchó la divina promesa: "Tú concebirás del Espíritu, si acrisolas aún tu esperanza..."

Desde entonces, todos sus pensamientos y anhelos fueron acendrarse en la fe y en la pureza. Su cuerpo, ya de sí tan sano, limpio y rítmico, fué cada día, al influjo de sus pensamientos luminosos, espi-

ritualizándose más y más; la intuición y la fe se intensificaron en ella; la esperanza se le hizo *certidumbre*, y la certidumbre *poder*. Así, su espíritu, su mente, su alma y su cuerpo, convergiendo en una sola dirección, llegaron a *no ser más que uno*; tal como los rayos coloridos del sol se unifican en la blancura... y así llegó, por fin, a transformarse en aquel *punte de luz* entre el Cielo y la Tierra, por donde *únicamente* podría descender un Hijo del Espíritu.

Con la viva esperanza que le infundieran las promesas del ángel, arrodillada en su estancia, juntas las manos en actitud de ruego, pasaba los días en el ayuno y la oración, o meditando los pasajes en que los Profetas hablaban del Mesías; aquel, sobre todo, en que Isaías dice:

"He aquí, la virgen concebirá un niño, y le llamarán Emmanuel. (Dios viene a nosotros)... Antes que el niño sepa discernir el bien del mal, el país cuyos reyes temes, será abandonado... El Eterno hará venir entonces sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días tales como nunca se vieron..."

Y arrobada con aquellas palabras, exclamaba con voz palpitante de unción: ¡Hágase en mí, según la promesa del Señor!

*

Unida con José, concibió luego un niño, y enton-

ces su fe desbordante creó una nueva visión que colmó su júbilo, diciéndole: —*¡Salve a ti, María, salve a ti que creíste; llena eres de gracia y para siempre bendita*, pues el Señor está en ti, y el fruto de tus entrañas es santo!

Luego, alborozada, ansiosa de contar su ventura, corrió en busca de su prima Isabel, partícipe de sus creencias, y entre palabras y sollozos pronunció aquel cántico que ya escuchamos de sus labios, en aquella mañana en que su gozo fué compartido con los mirlos de las campiñas y con las espigas de los trigales.

III

Desde el día en que el niño fué concebido, María vivió en perenne adoración. Si toda madre ve en su hijo un serafín, un lucero, ¿qué no vería la joven galilea en aquel hijo suyo, a quien hiciera venir de las Alturas a fuerza de pureza, de esperanza y de fe? ¿Qué no vería ella *en su niño*, sabiendo que éste era el Redentor, el Restaurador de Israel?

Día por día, como un jardinero contempla una preciosa variedad que ha producido a fuerza de infinitos ensayos, y se recrea aquilatando sus más inadvertidas gracias, así María, anticipándose al nacimiento del infante, adivinaba en sus sonrisas, en sus miradas, en sus balbuceos, el poder, la belleza,

la inteligencia, el señorío del que, ya luego, dentro de algunos años, empuñaría el cetro, arrojaría a los invasores, haría venir a los hijos de Israel, ahora dispersos por el mundo, purificaría el Templo y restauraría la Ley... Y luego, cumplida la restauración, emprendería la otra mayor y más divina empresa: llevar a los hombres de todas las naciones la verdad única; la única religión, que era la del Eterno; la única Ley, que era la de Moisés. Entonces, la Promesa alcanzaría su cumplimiento: la Tierra sería una sola heredad, bajo la guarda de Israel...

Y esta sería la obra de *su hijo!*...

Tanto más extasiada con esta idea viviría la madre venturosa, cuanto que no podía confiar a otros su gozo. Ella, que anhelaba empinarse sobre la más alta montaña de Galilea y gritar desde ahí su ventura, tenía que encerrar en su corazón el suceso inaudito... ¡Por qué habría tantos y poderosos enemigos contra el niño, si se conociera su venida!... Herodes, que no respetaba ni la vida de sus propios hijos; Roma, cuyo imperio sería desmenuzado y dispersado, cuando *El* tomara el cetro...

Así, dice Lucas, "María guardaba y meditaba en su corazón todas estas cosas", no confiándose ni a sus íntimos, por miedo a que el gozo no le delatara. El mismo José, apenas comprendía aquella actitud recelosa y extática. Para él, Jehoshua era su hijo, en la carne y en el espíritu. Hombre justo, pero de

inteligencia sin vuelo, nunca imaginara que el Mesías pudiera nacer de su sangre; nada sabía tampoco de aquella creencia de María: *de que por virtud de la fe y de la pureza, era posible atraer a la vida terrestre una Alma Divina*. Así, cuando las veladas y extrañas palabras de María aludían al prodigio de aquella concepción, *por obra del Espíritu Santo*, José, sin comprender, extrañado, callaba, o disipaba su inquietud entregándose a sus afanes de artesano atareado, que ha de ganar diariamente su pan.

*

Sin embargo de tal silencio, la buena nueva trascendió. Algunos íntimos de María, esenios como ella, propagaron el suceso entre los de la secta, y así llegó hasta Simeón, en Jerusalem, anciano que anunciaba la próxima venida del Redentor. "No moriré, decía, sin verle"; y cuando supo del alumbramiento de María, sus esperanzas se avivaron.

La noticia no se detuvo en Jerusalem sino que se extendió más allá, trasmitiéndose con el vuelo de una esperanza que se anhela ver convertida en realidad.

Favorecía este acogimiento el deseo vivo y unánime de que apareciera el Mesías. En aquel pueblo triste, oprimido, humillado, no había más preocupación que la espera de su libertador. Cada joven israelita que daba a luz un niño, temblaba de emo-

ción a la idea de que tal vez era ya el Mesías. De un extremo a otro del país, el tema sempiterno de la conversación era El. Nacer un niño, era un conmoverse de todos los corazones, y todo infante que dejara oír su débil vagido de salutación a la existencia, suscitaba un torbellino de augurios, comentarios y esperanzas. Una sola barrera circunscribía esa ilusión de ser cada familia la escogida, y era que el caudillo, según la tradición, había de ser de estirpe real. Tratándose de un rey, había de venir de reyes, y, seguramente, de aquel glorioso rey David que fundara la unidad y el poderío de Israel.

Esa misma creencia alejaba la idea de que naciera el Mesías fuera de los términos de Judea. El orgullo patricio no concebía que el continuador de David naciera en la aborrecida Samaria, en la pobre y ruda Galilea, o en alguna de las tribus remotas y de escaso renombre; no, el nuevo Macabeo nacería en Jerusalem, o en alguna otra ciudad histórica, ilustrada por los recuerdos gloriosos de Saúl, de David o de Salomón.

IV

María, hemos dicho, hizo depositaria de su secreto a Isabel. No hallando en Galilea a quien comunicar sin peligro su gran ventura, emprendió el camino de Judea, en busca de su prima. Con ella

se estuvo tres meses; días de regocijo, de ensueño, de exaltación, en que aquellas dos almas arrulladas por igual esperanza, unieron en anhelos fervorosos el destino de sus dos niños.

—Si tu hijo es el Mesías, decía Isabel, el mío le seguirá. Yo le crearé fuerte y valeroso. Aquí en la montaña aprenderá todos los ejercicios de un guerrero; desde arrojar un guijarro con tanta fuerza como el que derribó a Goliat, hasta blandir una lanza tan pesada como la de Absalón. Le haré sobrio, vigilante, sufrido y tenaz. Y cuando en una batalla final, en que los romanos sean arrojados de Israel, mi hijo caiga, combatiendo al lado del tuyo, si yo vivo aún, veré colmada mi alegría.

—Y yo, respondía Myriam, aunque espero que mi hijo será el Mesías, le educaré como si hubiera de ser el seguidor del tuyo. Mi Jehoshua conocerá la ley y la espada; aprenderá a interpretar a los Profetas, y los comentará en la Sinagoga, ante el pueblo extasiado. Le enseñaré a recordar nuestro pasado glorioso, para que inspire su corazón en Moisés y Josué. Será prudente como Salomón, gallardo como Saúl, astuto como David, arrojado y terrible como Gedeón...

Y además, aprenderá la divina ciencia de curar. Porque, mira, Isabel, el pueblo no sigue fácilmente a un profeta que no sepa aliviarle de sus dolores. El ungido del Señor ha de tener el don de curar,

pues la más alta revelación del poder divino es la de sanar a los enfermos.

Cuando cumpla quince años, le llevaré a Engledi, donde está el santuario de los esenios, a que le inicien en los Misterios... Después...

—Sí, interrumpía Isabel; pero, ante todo, será menester que estos niños sean consagrados al Señor, para que su Espíritu no se aparte de ellos un momento. Serán nazarenos; no beberán vino, ni comerán ningún manjar inmundo, ni serán cortados nunca sus cabellos. Para que sean puros y fuertes...

—Y juntos, concluía Myriam, arrojarán a los enemigos, y realizarán el anuncio de Isaías. Veremos ese tiempo, Isabel, cuando las espadas y las lanzas se conviertan en azadas y en rejas de arado!...

*

Pasaron los meses, y el niño nació en Bethlen, cuando sus padres subían a Jerusalem para ser inscritos en el Censo.

Aunque María encerró en su corazón el suceso; aunque el desdén con que eran vistos los galileos favoreció aquel silencio, algo trascendió: vagos decires esparcidos como esas semillas que la brisa transporta, insinuaban que en cierta ciudad de Judea había nacido ya el Caudillo.

Que Herodes, inquieto, inquiría noticias.

Que algunos hombres justos, habían tenido visiones que les revelarían la cuna del Mesías.

Que estando Simeón en el templo viera pasar a una joven con un niño en brazos, y que, al verle; pronunció palabras extrañas y reveladoras.

Que unos magos de Oriente, preguntaron en Jerusalem dónde hallarían al Rey de los Judíos, recién nacido.

Que tales rumores, sobresaltando a Herodes, le impulsaron a ordenar una matanza de niños en Bethlen.

Que los padres del niño, para salvarle, habían huído a Egipto.

Después, confusamente, se habló de otro niño, que era quizá el verdadero Mesías... hijo de Zacarías y de Isabel, quienes, ocultamente, le creaban en las montañas de Judea.

Después, el silencio y la soledad protegieron el desarrollo de la flor...

GENESIS DE LA LEYENDA

V

LA admiración despertada por los hechos y las doctrinas del Nazareno, movieron a las gentes ingenuas que le rodeaban, a convertirle en un ser divino y a explicar sus actos, sus palabras, su origen, su vida toda, por medio de las más encantadoras y significativas leyendas. Sucede siempre así: el pueblo, agradecido y maravillado de las proezas y dichos de un hombre de grande inteligencia y corazón, que por él batalla desprendidamente, no admite que pueda ser aquél un hombre como todos; su intuición le dice que se halla en presencia de un ser más alto, de un espíritu superior; y llevado de su imaginación y de su amor, encuadra la figura del héroe en un marco digno de su heroísmo y de su grandeza.

No se ha de prescindir de su leyenda si se quiere comprender a un grande hombre, como no se ha

de prescindir de su aroma si se quiere comprender a una flor: la fragancia, es lo que en la flor rebosa de virtud recóndita, de riqueza esencial, y la leyenda, es lo que en el hombre se extravasa y esparce, de intensa y secreta virtud.

Y más aún, puede que mucho valga un hombre en sí, pero que no tenga poder comunicativo y no sepa mostrarse con palabras, y entonces el pueblo, que siente y adivina, le dará significación y trascendencia por medio de la leyenda.

Así, el pueblo, en su ingenuo saber, ha encontrado esta verdad profunda: que el Héroe, como diría Carlyle, *de todo es capaz*, y que toda grandeza y maravilla le convienen. En virtud de lo cual, una vez que el pueblo adivina al héroe religioso, le declara *divino*, y le teje con palabras y hechos una aureola divina.

En esta aureola de Jesús, que todavía está enriqueciéndose con nuevos fulgores, hay, desde luego, el ser Hijo del Espíritu Santo, del *Espíritu Perfecto*. Qué verdad profunda se encierra en esto, lo hemos de ver más adelante; por hoy digamos solamente, que ese perfecto origen atribuido a Jesús, se halla acorde con la misión que él mismo se atribuye, que es llevar al hombre, no a esta o aquella etapa de progreso, sino *a la perfección*.

Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos, dice, señalando así, de una vez, a nuestra

contingencia y flaqueza, un fin absoluto. Y tocante al medio de alcanzarlo, claramente proclama que su doctrina y su ejemplo son únicos y totales. *"Yo soy el camino, la resurrección y la vida"*. Y también, *"Uno sólo es vuestro maestro, que es el Cristo"*.

*

Ha de venir en vaso cristalino el agua cristalina, dice el pueblo. Y le da a Jesús la madre que ha de tener, siendo él quien es: una virgen, en la carne y en el espíritu. En efecto, la joven galilea, maravilla de ingenuidad, candor y belleza, había hecho voto de virginidad, y así lo era de hecho y de propósito. No menos había de ser, para que en ella se encarnara aquel hálito del Espíritu Santo que iba a servir de numen al más grande de los redentores.

Examinando esta leyenda con ojos maliciosos, insinuaron algunos que en ella se oculta un suceso real y profano: que Gabriel sería un hermoso y fascinador mancebo, a quien María, con el candor de una hospiciana, amó y creyó, como si fuera ciertamente un ángel del Señor. Tanto más fácilmente le amaría y creería, cuanto que era esperanza de todos la próxima venida de un Redentor...

¿Qué no se creará del hombre amado, y más si nos promete cosas bellas y santas?

Y más si es joven, seductor y de poderosa fascinación?

Y más si quien le escucha tiene el corazón virgen y puro, todo candor y fe?

Pues ¿qué cosa es amor, si en ello ahondamos, sino confiar y esperar?

¡Te amo, es decir, creo en ti; es decir, veo en ti a mi dios, y a mi dios me acerco por la fe y la esperanza...!

*

Asintamos, sólo por un momento, a la maliciosa interpretación de esos maliciosos intérpretes. Fácil nos será concederlo, puesto que Jesús no se llamó nunca a sí mismo hijo de un dios ni de una virgen. Se llamó, simplemente, HIJO DEL HOMBRE; precisamente en el mismo sentido que Nietzsche da a su concepción del super—hombre. Y luego, admitió ser el Cristo; es decir, declaró haber *realizado plenamente en sí mismo, el dios que hay en cada uno de nosotros*; por lo cual dijo: "yo soy el camino, y quien desee manifestar en sí ese dios interior, no tiene sino hacer lo que yo hago". Aquel *Hijo del Hombre*, super—hombre, hombre ideal, sublimado, que imaginara antes el profeta Ezequiel, Jesús, conscientemente, premeditadamente lo hubo de realizar en sí, y así pudo llamarse con pleno derecho, *Cristo e Hijo del Hombre*.

Pero de genealogías y parentescos, no se cuidó

jamás. No se cuidó ni le importó nunca decirnos quiénes fueron sus padres. Así, cuando alguien quiso enaltecerle llamándole Hijo de David, descendiente de un rey, él le contestó, sencillo y categórico, que "el *Cristo valía mucho más que David*".

En verdad, nada le importaban a él David ni todos los reyes de este mundo, como no le importaba la familia meramente carnal: "Mi padre y mis hermanos son los que creen en mí y me siguen". No podía sentir ni decir otra cosa, aquel que intentaba hacer de todos los hombres una sola familia, bajo la paternidad única del Padre Celestial.

Así, pues, nada nos cuesta asentir, aunque no la creamos, a la interpretación irreverente que supone a María seducida por un hermoso y seductor mancebo, que se proclamó mensajero del Cielo. Antes y después de un amor así, María fué virgen, pues lo era de entendimiento y de corazón, que es lo que importa. Pues, en efecto, sólo gente grosera, en una época de suma grosería, ha podido hacer de una condición meramente carnal, y a veces fortuita, la más alta de las virtudes. Sólo gente grosera y por extremo sensual, pudo hacer cuestión grave contra Jesús y su perfecta doctrina, de comprobar si su madre era o no virgen, en el sentido rastroero de la palabra.

No criterio de hombre sino de sátiro se necesita para rechazar el divino origen de Jesús, por no estar demostrado que María concibió de un ángel, ni

que tras del alumbramiento quedara intacta de su cuerpo.

Su espíritu, seguramente así quedó, lo mismo que la ingenuidad de su pensamiento y la castidad de su corazón. A tal punto, que bien cabe llamarla, dentro de la más alta realidad y de la más radiosa poesía, *siempre Virgen*, y a su hijo extrahumano, *fruto del Espíritu Santo*.

VI

Una verdad de orden espiritual encontraremos simbolizada en esa leyenda de Jesús, engendrado por el Espíritu Santo; y es, la necesaria e íntima correlación de una forma cualquiera, con el espíritu que en ella se encierra.

“No se cogen uvas de los espinos”, había dicho el mismo Jesús. Y el pueblo, acorde con esta doctrina, pensó: no pueden almas tan divinas encarnar en cuerpos groseros e impuros, y puesto que este Jesús a quien hemos visto y oído era divino en palabras y en acciones, no hay duda sino que fué concebido en la pureza más acabada: del Espíritu Santo como generador; de una virgen sin mancha como puerta de vida para que entrara en este mundo.

Y porque era así, purísimo de espíritu y de san-

gre, se explicaron las gentes que tuviera Jesús aquella salud plena; de la cual un sencillo anagrama, con el ligero cambio de un sonido, nos revela su misteriosa eficiencia, diciéndonos que tal salud, *da luz*. Y ciertamente que así es, pues la cantidad de salud, de equilibrio-fuerza y alegría que hay en cada hombre, es la condición y la medida de su obra. La salud, *da luz*. Porque la salud es la síntesis de todos los poderes del hombre. Y porque no hay salud sin pureza, y no puede nadie ser puro si proviene de fuentes impuras.

Tocante a Jesús, no se concibe su obra ni su vida si una salud constante y cabal, que le permitiera vivir y trabajar gozosamente, a la intemperie, con hambre, sed y desnudez, con la fatiga de los largos caminos, con el suelo por lecho y una piedra o el brazo por almohada, sin tener siquiera como las raposas, una guarida para refugiarse.

Este hombre que carecía de todo, y que sabía vivir, como los pájaros, del grano y de la fruta gustados al pasar; como los lirios, sin cuidarse de hilar ni de tejer; este hombre que prescribía a sus apóstoles no llevar sino el báculo para no crearse impedimentos en su misión, y que no contaba para mañana sino con la fe de que su Padre había de alimentarle y vestirle; este hombre, digo, era, sin duda, un hombre fuerte, de carnación maciza, de sangre fluída y pura, de pulmones amplios y acti-

vos, de nervios resistentes y finos por donde corrían efluvios poderosos; de corazón potente y rítmico, que impulsaba la sangre en oleadas isócronas; de piel curtida y dura, hecha al azote del huracán, a los agujetazos del cierzo y al roce ingrato de las nieblas. De oído sutil, que recogía hasta las voces inaudibles del grano de arena, de la hoja errabunda, de la serpiente que se desliza entre los matorrales, de la raíz que taladra sutilmente la roca. Un cuerpo duro, como de mármol; flexible, como de acero; ágil, como de antílope; sobrio, como el de un cactus. Un milagro de la materia, en que el espíritu infundía tal gracia, que era al mismo tiempo que fuerte y curtido, fino y sonrosado; de mirar tan amante, que no sabiendo reír con los labios, por ser éstos nido de la melancolía, reía y sonreía con los ojos. En fin, de tanta hermosura, simpatía, fascinación y magnetismo, que, en hablándoles, los hombres lo dejaban todo para seguirle, como hicieran Mateo y Pedro y Andrés; y en mirándolas, las mujeres quedaban arrobadas o purificadas, como les sucedió a Berenice y a Magdalena y la Samaritana.

Tal cuerpo, seguramente, no fué la obra de alcohólicos, ni de sifilíticos, ni de tuberculosos, ni de neuróticos, ni de cancerosos, ni de gentes con sedimento alguno de suciedad en los humores, ni desgaste o decrepitud en los nervios y en los huesos, sino que fué el brote feliz de un hombre y de una

mujer, sanos, limpios y puros; equilibrados, vigorosos y alegres. Dos flores montaÑeras, rebosantes de savia y de hermosura, que, al unirse, crearon una que tenía la esbeltez de los lirios, el fuego de las amapolas, la sencillez del cardo, la tersura blanca de las magnolias y la gracia infantil de los aleliés.

¿Quiénes —pensaban los ingenuos discípulos de Jesús—, quiénes sino una virgen sin mancha y un soplo del Espíritu Santo, habrían de ser los generadores de aquella forma humana, cárcel de una alma tan divina?

VII

La infancia de Jesús nos es desconocida históricamente, mas con ello nada se ha perdido; ya se sabe como viven los niños buenos, sanos, equilibrados, cuando no son de padres miserables ni opulentos, sino de una moderada y gozosa pobreza: viven alegres, al aire libre, ayudando, a veces, a la madre en sus quehaceres, que ellos se imaginan ser juegos; embebiéndose tras de una mariposa; remedando el iris con pompas de jabón; fabricando ellos mismos rústicos juguetes, doblemente valiosos por salir de sus manos y de su ingenio; preguntando sin tregua a sus padres y hermanos, por las causas ocultas de todos los fenómenos que se les presentan; destruyendo sin pena cuanto cae en sus manos, para encontrar el

misterioso resorte del movimiento y de la vida; extasiándose con ensueños que apenas se distinguen de su vida real; ansiosos de que se les refieran historias y fábulas, que para ellos son innegables e interesantes realidades. Así vivió Jesús, y la leyenda y la pintura nos han relatado su infancia, mejor que lo harían las mejores narraciones históricas.

Apenas en la cuna, y cuando comienza a balbucir, tres magos de Oriente caminan en su busca, llevándole presentes, y le hallan, tras larga peregrinación, entre mansos y familiares animales; como para decirnos que todos los seres humildes son hermanos, y que el trabajo crea entre ellos vínculos de familia, derechos y deberes recíprocos.

Una estrella le sirvió de guía a los magos; como era natural, tratando de conducirles a la presencia del que venía para ser más alto que los reyes. Nos enseña la estrella, que en el universo todo se halla enlazado y en perenne relación; que los altos sucesos espirituales no se cumplen sin afectar a los más altos seres, y que aun los astros han de colaborar para el advenimiento de un dios...

¿Quién sabe si la estrella que brilló intensamente aquellos días, no era el mundo nativo de Jesús?

¿Quién sabe si no era ahí en aquel astro, donde moraba el altísimo Dios que le enviaba, y a quien él llamó su Padre?

¿Y quién sino una estrella sería digna y apta

para guiar a esos reyes del pensamiento, que salieron de sus remotos pueblos a peregrinar en busca del que traía la verdad?

La venida de un Redentor es suceso tan extraordinario y trascendental, que no puede verificarse sino en condiciones especiales; ya que hasta los fenómenos más insignificantes, requieren para su manifestación un cuadro estricto de circunstancias y condiciones. Para que un tan luminoso espíritu descienda hasta nosotros, precisa que hasta el mismo Planeta se halle en capacidad de recibirle; que los hombres de buena voluntad le esperen y le ansíen; que el mal y el orgullo amenacen ahogar al bien y la concordia. Así, todo ha de converger a la realización del acaecimiento inaudito, y no son las estrellas las que menos han de colaborar en su cumplimiento.

Diréis que esta es mera imaginación y fantaseo? Pues no; es lo que ocurre a cada instante. Si queréis saber por qué este año los huevos son tan caros y las aves de corral tan baratas, tendréis que remontaros hasta el Sol... Ese año las manchas solares fueron mínimas; el influjo solar fué menor sobre la humedad y otros agentes; la cosecha de cereales fué por ello muy pobre, y el labriego, no pudiendo alimentar a sus gallinas sin mucho costo, vendió las más, se quedó con unas cuantas, y les alzó el precio a los escasos huevos que pudo recoger.

Así, todas las cosas están bajo la influencia de los astros: las grandes y las mínimas (acaso hay mínimas, acaso no son todas excelsas); el calor, la pureza del aire, la luminosidad y la opacidad, la electricidad y el magnetismo, la lluvia, los terremotos y las erupciones, y cuanto podemos concebir. ¿El día es puro, el cielo azul, el aire ligero? Heme aquí alegre, decidor, tolerante, benévolo, y en mi casa reina la alegría. ¿El cielo está opaco, las nubes bajas, el aire inmóvil, la atmósfera cargada? Heme aquí triste, irritado, sombrío, pesimista, y por la más mísera falta despediré a mi criada, haré llorar a mi mujer, asustaré a mis hijos, y mi casa vivirá un día negro. Y es sencillo que así sea, puesto que todo lo que sucede en nuestro ambiente sufre la influencia del Planeta, y éste, ¿acaso vive un segundo sin sentir hondamente la influencia del Sol? Y más escasamente, pero no menos real, sufre la influencia de los otros planetas; y en menos grado aún, pero efectiva y constantemente, la de las estrellas. El cosmos no es sino un océano inmenso de éter, donde flotan y circulan y se animan los astros, sujetos, por consiguiente, a una constante e inevitable influencia de los unos sobre los otros, proporcionada al volumen, a la masa, a las fuerzas energéticas de cada uno. Dejad caer dos manzanas en un estanque, una en cada orilla: diréis que no se comunican? Diréis que si una de ellas se pudre, la otra

no recibe las pútridas emanaciones? Y si una libélula depositó sus huevecitos en una de ellas, cuando la otra se pudra e inficione a la primera, ¿no nacerán y crecerán las larvas en un ambiente corrompido?

*

Esa estrella que guió a los magos es un símbolo maravilloso, a más de que bien pudo ser una sencilla realidad. El espíritu y la materia no están separados sino por líneas débiles, que vienen a resolverse en apariencias. Todo movimiento del uno afecta al otro, y si un gran Sol espiritual, un Redentor, se encamina a rescatar, en un pobre y lejano y oscuro mundo, a sus desterrados hermanos, es perfectamente comprensible que un gran sol material, una estrella, anote el suceso en los fastos del cielo, intensificando su brillo; y así, al mismo tiempo que regocija a los arcángeles con la buena nueva, sirve de guía a los hombres de buena voluntad, que todo lo abandonan para ir en busca del que nos trae aquí la justicia y la misericordia.

VIII

La matanza de los inocentes es un suceso muy humano, muy de reyes, muy de Herodes. Aquel He-

rodes el *Grande*, que vivió y murió podrido y que hizo matar a sus propios hijos, bien era capaz, aun simplemente por distraer su tedio, de ordenar la matanza de los niños en una pobre e indefensa aldea. Crueles somos todos los hombres, y gracias al cielo que no todos alcancemos poder: que ya hechos reyes, dueños de nuestros prójimos, el Demonio de la Crueldad se apodera de nuestra mente, y nos ciega con la locura de la sangre. Reyes del Oriente y emperadores romanos, ya se sabe de lo que eran capaces cuando el fastidio bostezaba en su corazón. Y si al tedio se agregaban la superstición y el miedo, como en Herodes, ya no había maldad ni monstruosidad que les detuvieran.

Mas, se dice, los historiadores no hablan de esa matanza . . .

¿Y de qué hablan los historiadores de aquellos tiempos, y aun de los nuestros, que no sea de cosas que deslumbren, que inciensen al poderoso, si es amigo y sabe recompensar, o que le depriman y deformen, si es enemigo y no hay riesgo de su venganza? A los historiadores nunca les importó que se degüelle a los inocentes, si éstos son pobres niños sin nombre, hijos de una mísera aldea; como no les importa que mueran a millares los niños de familias humildes, por falta de pan y de abrigo y por exceso de trabajo. La historia, esta sempiterna alcahueta, unas veces rufiana de los reyes y otras de las

multitudes, ignora lo pequeño: la herida del humilde, el llanto del pobre, el hambre del jornalero, el desabrigo del campesino, el desamparo de todo el que es débil.

Ahora mismo, ¿no están los niños de diez a doce años, allá en China (mil novecientos veinticinco) trabajando de diez a doce horas por día en las hilaturas de seda, trabajando a veces toda la noche, sumergiendo sus manecitas en agua hirviendo para lavar los capullos, y eso casi sólo por la comida? Las madres, desesperadas, viendo la suerte de los que se están ahí matando de fatiga, arrojan a los recién nacidos a los ríos, para que la muerte haga de una vez y sin largas torturas, su obra inevitable. Mas, ¿qué le importa eso a la historia?

A los treinta años de lucha y de trabajo, de abnegación y de sacrificio, ha venido a saberse en el mundo quién es y qué hace Mahatma Gandhi, el hombre más santo y más grande de los últimos siglos. Y se ha llegado a conocer su nombre y su labor, no por su santidad y grandeza, *sino porque ha tenido éxito*; porque, gracias a su palabra y a su ejemplo, la India se ha enfrentado a Inglaterra, y todo el Oriente se está alzando contra la opresión y la extorsión de sus amos de Europa.

No, la historia no tiene cuentas con el débil ni con el bueno; hoy como ayer, la fama es para el vcinglero, para el fahendoso, para el que puede y

tiene, y un Napoleón semiloco, semiepiléptico, que apacigua su neurosis inmensa regando con sangre un continente, es siempre el fascinador de los historiadores, de los poetas, de los artistas, de cuantos tejen en el mundo el manto de la gloria y las coronas de laurel. Este es el instante en que el eco de los trompazos de Dempsey no deja casi oír el nombre de Bergonié, y en que las comadrerías lascivas de D'Anunzio apagan los gritos de los niños que las madres chinas arrojan a los ríos, matándoles por misericordia.

Así es, así fué la historia. Mas, dichosamente, no es así la leyenda; ésta, si exagera las cosas, no las falsea ni las mancha; en ella el malvado, se hace ogro; el bueno, se convierte en ángel; a través de su cristal encantado, el parricida Herodes se transforma en asesino de infantes, y Dimas, el ladrón generoso, llega a ser el primero que entra en el Paraíso, cuando Jesús abre sus puertas a todos los que se duelen de ser pecadores y suspiran por conocer la luz.

Sí, hace bien el pueblo en atribuir toda maldad a quien se ha revelado capaz de cometer toda maldad como hace bien al atribuir toda virtud y todo poder, a quien se reveló capaz de toda virtud y digno de todo poder. De esta visión o adivinación de las multitudes, surgen las leyendas tenebrosas o luminosas, y gracias a estas profundas intuiciones, penetramos en lo más ignoto de las almas y de los

hechos. Así es como la leyenda corrige y moraliza a la historia.

Para mí no hay duda que el podrido monarca Herodes el Grande ordenó la matanza de los niños. Y si por ventura no lo hizo, fué porque no se le ocurrió, o porque distraído en otros crímenes, no tuvo ocasión de perpetrarla.

IX

La huída a Egipto, es el fracaso de Herodes. Cuando un ser luminoso viene a este mundo para realizar un alto designio, ninguna fuerza hostil podrá vencerle ni torcerle, mientras no le llegue *su hora*, y esta no le llegará, mientras *su misión* no esté cumplida.

Las tinieblas asumen toda clase de formas para embestir y apagar el blando tímido del alba que empieza a descender el velo de las cosas; y la forma de Herodes no era, por cierto, la menos pavorosa y peligrosa. El tremendo Asesino Real, bárbaro y cruel de origen, dueño de todo en aquella humillada tierra de Judea; amigo de César, que valía tanto como tener en su favor a todas las potencias infernales, no podía dudar un instante de su poder y de su éxito: la orden de estrangular o decapitar a todos los niños de Belén, menores de dos años, había de

ser de una eficacia total. Así, cuando el jefe de los esbirros vino a dar cuenta de que la orden estaba cumplida, el supersticioso monarca sonreiría, seguro de que nadie ya podría arrebatarse a su casa aquel reino que él había obtenido de la munificencia de César.

No, nadie ni nada... , excepto aquel asnillo que trotaba camino de Egipto, ramoneando los cardos del sendero, y meciendo, al vaivén suave de su trotar, al niño escapado de la matanza.

El drama se desenlaza con una sencillez y una ironía increíbles. Mientras Herodes, en defensa suya y de Roma, estrangula o degüella a los infantes de Belén, empleando el absoluto poder de un rey tirano y la absoluta eficiencia de un perverso que no repara en medios, por allá lejos, a orillas del Nilo, una muchacha galilea arrulla, a la sombra de un datilero, a su niño, que duerme con la entera confianza de los niños arrebuados en el regazo maternal. Mientras tanto José, el buen artesano paciente, descansa recostado sobre un risco, y el asnillo, cada vez que rebuzna o frota sus largas orejas contra sus flacas piernas, se acuerda de Herodes, y una mueca desdeñosa insinúa cuánto desprecia él las maquinaciones del monarca y la omnipotencia de César.

Ciertamente, Herodes erró en no recordar que el Universo está poblado de asnillos... y de ángeles. Verdad es que también está poblado de monstruos

y de diablos, y que la sombra de César amenaza constantemente ahogar la luz: tiranías de la riqueza y de la espada, de la intolerancia y de la casta, de la religión y de la ciencia, son cada una un César, y su estatua, con las piernas de hierro, el busto de cobre y la cabeza de oro, sube hasta las nubes, y parece destinada a imperar eternamente sobre el mundo. Pero todas ellas tienen los pies de barro, y cuando suena su hora, una piedra desprendida del monte o un asnillo de flacas piernas y de largas orejas, les rompe y desmenuza los pies y las derriba para siempre.

Esto es lo que ignoraba Herodes, y lo que ignoran, felizmente, cuantos buscan al Niño (*a la justicia, a la verdad*) para estrangularle entre los brazos de su madre.

*

El Universo está poblado de ángeles, y a cada instante pasan junto a nosotros, rozando con sus alas nuestras frentes atormentadas, o confortando con su voz nuestras conciencias desfallecidas y nuestros corazones ansiosos. Sólo que nosotros, incrédulos, les llamamos a los ángeles, sueños, sugerencias, coincidencias o fuerzas naturales; mientras que la muchacha de Galilea, y todos los que en el mundo

fueron agraciados con la humildad y la ingenuidad, les llaman *ángeles*, enviados del Señor.

¿De dónde viene el aviso, el pensamiento, la inspiración, la idea, como queráis llamarle, que en el momento supremo os infunde una determinación salvadora? Horas antes del terremoto, sin saber por qué, discurrísteis cambiar el sitio del catrecito en que dormía el niño. Alguien os impidió embarcaros hoy, y os obligó a retrasar el viaje para mañana. Algo sobrevino inesperado, nimio, que os obligó a no dormir aquella noche en el edificio que había de incendiarse. Qué fué? "Una coincidencia", decís. María, José, todos los ingenuos, dirán: "el aviso de un ángel".

Y yo también digo, el aviso de un ángel. Las mil veces que en mi vida intervino lo inesperado, lo imprevisto, y me salvó la vida o me devolvió la salud, y me reanimó el valor agonizante, y me refrescó la alegría marchita y próxima a extinguirse, digo que fué una revelación de los Poderes Divinos, el aviso de un ángel. Unas veces fué un sueño, otras una carta, otras una frase oída al pasar, otras un libro, otras el canto de un pájaro, otras la palabra de un amigo, otras la sonrisa de la mujer amada, otras un celaje, otras el soplo de la brisa, otras la visita de un hombre valeroso, otras el recuerdo de una acción heroica o de una vida santa... Y cada vez, en esas fortuitas pequeñeces hallé, precisamen-

te, lo que necesitaba, lo que desesperaba de hallar: resolución, valor, salud, acierto, confianza, esperanza, ayuda en infinitas y eficaces formas; y cada vez di gracias a Dios por su gran bondad, que pobló el Universo de ángeles y de asnillos.

Uno de esos ángeles le avisó a María la trama negra de Herodes, y a toda prisa ella, José, el niño y el burrito, salieron camino de Egipto, y cuando el Sol inició la misa de la aurora, sus rayos de oro y nácar nimbaron el humilde grupo que se alejaba de Nazareth, llevando consigo la esperanza del mundo.

X

A la vuelta de Egipto, Jesús vive en Nazareth con sus padres, "creciendo en edad y en gracia".

¿Hasta qué tiempo y haciendo qué? Todavía andamos aquí en terreno legendario. Mas, para nosotros, esa leyenda carece ya de significación, de verdad y de belleza: no ha nacido el ingenuo corazón del pueblo, sino de la reflexión tendenciosa del sectario; de la lógica estrecha y rectilínea del creyente sincero y fanático, que procura ajustar todos los sucesos y todas las palabras e ideas a las exigencias de una verdad matriz e inmutable. "Puesto que José era carpintero —pensarían los que redactaron los primeros relatos evangélicos—, y puesto

que Jesús, necesariamente sería un hijo modelo, podemos afirmar que durante su adolescencia y su juventud, Jesús permaneció con su familia, ejerciendo el mismo oficio de su padre”.

Para quienes acepten la doctrina de que Jesús es Dios; no un dios, un ser divino, sino *Dios*, esa tradición es perfectamente verosímil y satisfactoria. Dios puede muy bien pasarse treinta años aserrando tablones y acepillando reglas, sin ver el mundo, sin conocer la vida, sin sondear a los hombres, sin leer más libro que el Viejo Testamento, metido en una aldea oscura y remota donde nada, casi, puede servir para excitar su mente ni su corazón. Y como es Dios, cuando cumpla treinta años, o el día que así le agrade, saldrá por esos mundos demostrando una sabiduría inmensa, conociendo profundamente la vida de los hombres, hablando como el más grande de los poetas y el más profundo de los filósofos... Todo ello es perfectamente comprensible para los que conciben un Dios personal, a quien se le ha ocurrido tomar forma humana, y bajar a enseñarnos el camino de nuestra salvación.

Todo ello es admisible, lógico... , sólo que no tiene ninguna gracia. Yo también —dirá cualquiera que aún conserve su libertad de pensar—, yo también habría hecho otro tanto, y aun más.

En verdad, se necesita que desde niño le hayan fanatizado a uno hasta la médula, para interesarse

y conmovirse por las aventuras de un ser todopoderoso, que, aun revestido de mortal y humana vestidura, *es siempre un ser todopoderoso*, y en el instante en que lo quiera, dejará de sufrir y hará que los ángeles vengan a servirle, y se elevará triunfante sobre las nubes.

¡Ah no! Este Jesús extraño, que nada sabe ni sospecha de las flaquezas y dolores del hombre, no es el nuestro. No nos interesa; no nos conmueven sus dolores mentidos ni su vida de artificio; es un actor que viene a representar un papel en el teatro del mundo, y no nos mueve pero ni siquiera a aplaudirle. ¡Ah no! El Jesús nuestro, el real, el que nos dió su cuerpo y su sangre, es un hombre que sabe de dudas, de vacilaciones y de tentaciones; de gritos en el interior de su alma; de sombras en el abismo de su conciencia; de desfallecimientos que le hacen prorrumper en aquella queja desesperada, cuando dice: "Dios mío ¿por qué me has abandonado?"; que sabe de insomnios, de rebeldías y de exasperaciones; que sin hablar, sin indicio ninguno de su tempestad interior, sirve, a veces, de campo de batalla en que luchan unas contra otras todas las potencias del cielo y del infierno.

A ti es a quien yo adoro, hermano mío, hermano de todos los hombres, que pagaste cada una de tus virtudes con sudores de sangre; cada una de tus gracias, con insospechadas coronas de espinas taladran-

do tus sienes; tu salud perfecta, con hambre, sed y frío y abstinencias incontables; tu profunda visión y tu sabiduría divina, con meditaciones de días y de meses, con soledad y silencio de años, con auscultaciones de todos los misterios, con renunciación de todo lo que en la vida es goce, fascinación y seducción...

A ti es a quien yo venero, adoro y reverencio; a ti a quien yo compadezco desde lo íntimo de mi alma y con toda la ternura de mi corazón: no por la cruz, ni por los azotes, ni por los clavos desgarrando tus pies, ni por la lanzada en el costado..., sino por el otro calvario..., el otro, largo, callado, tremendo, pavoroso, que recorriste desde que comenzaste a tener conciencia de la vida y del dolor, hasta el día en que aceptaste beber en el cáliz de ser tú el que nos redimiera.

Tu pasión visible, de la cena a la cruz, no fué más que la flor de una planta que creciera en la sombra. Otros sufrieron inmensamente más que tú, en su cuerpo atormentado... Tu pasión ignorada, tus veinte años de lucha, de peregrinar, y de ver, de vencerte día y noche, de labrar en tu carne viva de hombre joven y fuerte la vestidura para encarnar a un dios...; el esfuerzo inaudito, inconcebible, de transformar al hombre en Cristo, el carbón en diamante, la sangre en aurora, el nervio y el músculo en cordaje milagroso para himnos y plegarias; el

ímpetu del corazón tras de la belleza, en amor sereno y paternal para todo el que sufre... , esa es la verdadera pasión, el verdadero martirio, el que te hizo super-hombre, Hijo del Hombre, Hijo de Dios, Cristo y Redentor.

XI

Me figuro a Jesús, desde muy niño —por ahí por sus doce o trece años—, no como ese carpinterito de la leyenda, sumiso y dulzón, sino como un muchachito esquivo, poco o nada comedido con su padre, a quien no ayudaría sino por reiteradas exigencias de éste; enigmático para su madre, que cada día le encontraría más extraño, y más distanciado de lo que ella soñara cuando le concibió; alejado de sus hermanos y hermanas, que le tendrían como inepto para los juegos y perezoso para el trabajo; en fin, un niño contrario a su ambiente, el cual le hostilizaba cada vez más, y con el cual, por fuerza, había de acabar en abierta ruptura.

María, la única que estaba en el secreto de su nacimiento, cada vez le comprendía menos: este muchacho meditativo y suave, que cede siempre a sus compañeros de juego aun en sus pretensiones más injustas; que casi nunca riñe; que no habla nunca de espadas y de combates; que se pasa horas

y días sin hacer nada, de cara al sol, en algún risco solitario; que nunca dispara una flecha contra las palomas ni los cuervos; este niño ensimismado a quien sus compañeros no aprecian ni temen, no da indicio ninguno de llegar a ser el Mesías, el hombre de guerra que necesita la nación, antes que el reconstructor y reformador que necesitará después. Un profeta, quizá; un caudillo, no.

El niño lee asiduamente las Escrituras; pero qué lee de ellas? Lee de preferencia a Job y los Salmos, libros dolorosos; lee a Ezequiel, oscuro, visionario y simbólico; a Jeremías, suave, triste y amante; sobre todo a Isaías, vidente, vaticinador y soñador, que prevé y anuncia el reinado de la justicia total.

Comprende lo que lee? Acaso. Más bien vislumbra, entrevé y sueña. A veces surgen de sus labios repentinas y extrañas preguntas: "mamá, qué cosa es el Hijo del Hombre?" —(Daniel). "Mamá, cuándo es que van a pacer juntos el león y el cabrito?" —(Isaías) . . .

María no sabe las respuestas y José las encuentra ociosas o impertinentes; piensa con amargura que mientras él, viejo y cansado, labra y asierra todo el día, Jehoshua, que es el mayor de los hijos y que bien podría ayudarle, no hace más que andar y vagar por las colinas y los montes, o estarse echado en un rincón, leyendo o mirando al cielo, que se ve hondo, azul, a través de las altas ventanas.

Cuando el niño alcanza los quince años, la ininteligencia es entre ellos manifiesta. El padre no tiene ya esperanzas en él; los parientes le tachan de perezoso y vagabundo; la madre únicamente, le observa con ternura, con la melancolía de una grata ilusión que se desvaneció, con el amor extremo que a toda madre inspira el hijo desgraciado o inepto.

Así, Jesús ha llegado a ser un extraño en aquella casa; casi un estorbo. No ayuda, come el pan que ganan los otros, y da mal ejemplo. El abismo que había de separarle de los suyos se va formando ya, y las amarguras roídas en silencio, comienzan. Yendo una vez a Jerusalem, a la Pascua, el muchacho se les pierde tres días, al cabo de los cuales le encuentran en el templo, conversando con los doctores. Enojo merecido de José; inquietud, sorpresa y tristeza de María: —¿Dónde estabas? ¿Por qué no avisaste? ¿Piensas lo que hemos padecido buscándote?

—¿Y para qué me buscáis? ¿No sabéis que tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre?

Al oír la extraña respuesta, José alza los hombros, diciéndose: es un loco. María, sin comprender, llora, y pide al cielo que le cure a su hijo de aquellos desvaríos.

Años después, cuando el abismo, ya cavado en toda su hondura alejó para siempre a uno de otros, los hermanos, confirmados en la creencia de que era

un loco, salieron un día en su busca para traerle y encerrarle. La pobre María fué con ellos, para ver que no le hicieran daño a su hijo querido, a su Jehoshua, a aquél que, siendo niño, había hecho rebozar su corazón de gratas esperanzas.

Y fué entonces la escena terrible y decisiva: Jesús, rodeado de discípulos, de hombres y mujeres que le siguen, que creen en él, que le admiran y por él se sienten dispuestos a las más altas empresas y a los sacrificios más grandes, habla, poniendo su corazón en cada palabra, de sus visiones, de sus esperanzas, de aquel Reino de Dios que será justicia y amor, de sus intuiciones y de sus designios. Está ahí *con los suyos*, y siente que es *uno con ellos*, en espíritu y corazón... En ese momento le interrumpen: —Tu madre y tus hermanas te buscan, (le buscaban para encerrarle, por demente!); El, brusco, incisivo, respondió: *mi madre y mis hermanos son los que me siguen* y hacen la voluntad de mi Padre, *del que está en los Cielos*.

Ahí acabó el vínculo familiar, y el abismo quedó abierto para siempre. Era el final, el desenlace de aquel drama largo, mudo, creciente, que por tantos años se desarrollara entre el que venía a cambiar el orden y el concepto del vivir, y el medio casero, familiar, tradicional, que teme todo cambio, que recela de toda novedad, que encuentra insensato o

peligroso todo lo que no acarrea provecho seguro e inmediato *para los suyos*.

He aquí el *bijo modelo* de la narración evangélica.

XI

Ciertamente, yo no quiero insinuar que Jesús no fuera un *buen bijo*, en la significación ordinaria de la palabra. Sin necesidad de ser tan generoso, tan comprensivo, tan ecuánime como él, bastaría para ser sumiso, amante, cariñoso con su viejo padre y con su hermosa, inteligente y soñadora madre —bastaría, digo, ser un hombre de buen corazón y de fina índole—. Los años que vivió con sus padres, sin duda que les honró con el respeto y el cariño de un buen hijo. Era un niño, luego un adolescente, y a esa edad, todavía sin imperativos de conciencia, es fácil, es natural ser dócil, afable y complaciente. Pero esa armonía exterior que nace de la índole y del buen corazón, suele ocultar una desarmonía interior, creciente, lacerante, más amarga para el que más comprende; más honda cada vez hasta ya no ser tolerable, para aquel *que se siente llamado* a una obra que no es estarse ahí, haciendo los oficios caseros, mimando a los buenos papás y a los hermanitos, atento a que no falte en casa ni pan ni vestido.

El que *se siente llamado*, concibe el deber de otra manera; y cuando ese llamamiento es "*una diferente manera de concebir la vida en nuestras relaciones con Dios y con los hombres*", entonces exige echar el "vino nuevo en odres nuevos"; es decir, crearse un ambiente, una manera de vivir, de actuar, acorde con la idea central e imperiosa que nos ilumina y nos subyuga.

He ahí la situación exacta de Jesús. Desde muy niño comienza a *presentir* una nueva interpretación de la vida individual y colectiva. Una voz habla en él diciéndole, cada vez con mayor claridad, que la vida, la justicia, el amor, necesitan ser comprendidos y realizados de distinta manera. Esa voz, que concebimos en sus comienzos como el balbucir de un infante, se aclara día por día, cada vez es más neta, más penetrante, más amplia, más exigente, y de tal manera se incorpora en la conciencia de Jesús, que éste, en su interior, le ha dado un nombre, vinculándola a un Poder Divino que está *en él más bien que fuera de él*. La llama *la voz de su Padre*. Los antiguos profetas oían también esa voz clara, imperiosa, terrible; mas la sentían fuera de sí, como si viniera de lo Alto, como una centella o un huracán, que azotaba su frente o estremecía su conciencia. La llamaron con nombres diversos: para Moisés, fué *Jehová*; para los Salmistas, fué *el Señor*; para Jeremías e Isaías, fué la voz del Eterno. Jesús siente

y oye esa voz dentro de sí mismo; la oye suave, paternal, amorosa, pero insistente y evidente; y así, de día en día se forma en él la concepción de una vida y el sentimiento de un deber, ante los cuales la voz de su padre, de su madre, de sus hermanos, queda oscurecida, apagada al fin por *la voz de su Padre, del que está en los Cielos.*

Aquella voz de sus parientes, de su medio social, de la tradición, le dice una cosa; esta otra, la de *su Padre*, le dice otra contraria; y mientras adviene el momento en que por fuerza habrá de escoger entre una y otra, sufre, más cada vez, y a cada instante su propósito de mantenerse como buen hijo le hace padecer más y más.

De ser Jesús un mediocre, un tipo sanchesco, ningún conflicto le atormentaría, y toda su vida se la pasara ahí, carpintereando con José, haciéndole juguetes a los hermanitos, llevándole el cántaro a María para que no se fatigara. Así vivimos todos, hasta el momento en que escogemos honorablemente una esposa honorable, tenemos hijos honorables, pagamos honorablemente nuestros impuestos, servimos a la patria mediante retribuciones honorables, cubrimos nuestros vicios y nuestra sordidez con formas honorables, y por fin nos pudrimos honorablemente, dejando un ejemplo de honorabilidad a los que vienen tras de nosotros, con el deseo de darse buena vida. Para nosotros no hay conflictos.

Ya se sabe: "La caridad comienza por casa; —hay tiempo de hablar y tiempo de callar; —evitar el escándalo a toda costa; —recordar que uno no ha de componer el mundo, y que a quien se mete a redentor le crucifican; —tener por norma el justo medio; —ser prudente y aprovechar las ocasiones; —vivir y dejar vivir; —decir buenas palabras en el evento; —negar sin acritud; —dar con moderación; —examinar antes y con mucho cuidado a quien se le da, y suplir la dádiva con un buen consejo, cuando así conviniere".

He aquí la filosofía y la religión *al alcance de todos*; he aquí la clase inmensa de hombres que suministra el mayor número de hijos modelos, distinguidos ciudadanos, patriotas ilustres; el semillero de donde brota esa planta feliz a quien se le apellida al morir, con los adjetivos melosos de *buen padre, buen amigo, buen ciudadano, esposo ejemplar, patriota honorable y vecino tranquilo*.

Mas, Jesús no pertenece al tipo sanchesco de la especie humana, sino al romántico, al exclusivamente romántico. Es, como lo ha observado Oscar Wilde, el hombre más romántico de la Historia; y de esta clase desventurada y luminosa, no suelen salir hijos modelos, esposos ejemplares y distinguidos ciudadanos, sino hombres extraños, dolorosos, contradictorios, punzantes, que trastornan las cosas, entristecen los hogares, escandalizan al vecin-

dario, hieren las creencias establecidas y faltan a las buenas costumbres. De tal clase de hombres no pueden salir *dechados*, sino, únicamente, héroes y santos. Un día llegará en que su heroísmo o su santidad trasciendan, ya depuradas de toda escoria y libres de toda sombra, y entonces se reconocerá que el mundo se ha salvado por ellos. Mas, entretanto, sufren y hacen sufrir. Todo en torno de ellos es contrariedad y dolor, pero a quien más desgarran sus espaldas es a ellos mismos; por cada lágrima que hacen verter, ellos derraman un torrente; por cada punzada que infieren, ellos sienten una lanzada en el corazón. Porque son supremamente sensitivos; porque su ternura es muy honda; porque su ideal sería hacer surgir el sol sin que las nieblas se dolieran, curar la llaga sin matar los gusanos, secar el pantano sin que los miasmas se sintieran atormentados.

Y, sobre todo, porque la conciencia, la justicia, hablan en ellos con voces muy más fuertes que en los demás; y por esto son temerosos y vacilantes, y a cada palabra y a cada gesto y a cada hecho, por insignificantes que sean, se asustan, pensando que han cometido acaso una injusticia; que por andar en busca de un ideal que tal vez nunca se llegue a realizar, están causando inútiles dolores.

Un día ha de llegar en que el héroe, el santo, el reformador, el salvador de hombres, adquieran plena, plenísima conciencia de su misión, de sus

fuerzas, de *su deber*, y entonces sí, pasan sobre todo, y ya no hay dolor que les detenga, ni peligro que les amedrente, ni tradición que les estorbe, ni ley que les cohiba, ni costumbres ni vínculos que les hagan retroceder. Cuando llegue esa hora, todo les parecerá nimio, y bueno para sacrificarlo en aras de su fe: recuerdos, afectos, lástima de los seres queridos, brillos del pasado y glorias venideras, todo será nada en sus manos titánicas; todo lo echarán al horno encendido cuyas voraces llamas han de consumir el error y la injusticia. Todo, y su corazón primero que todo.

Cuando llegue esa hora, Jesús dirá: "mi madre y mis hermanos son los que me siguen"; Mahoma dirá: "no retrocederé aunque vengan contra mí con el sol en una mano y la luna en la otra"; Lutero dirá: "iré, aunque lluevan diablos y duques Jorges de los tejados de Worms".

Mas, antes de que llegue esa hora, esa *plenitud de la conciencia*, que hace que el héroe se sienta un *elegido directo* del Señor . . . , antes de esa ascensión del sol al zenit, ¡cuánto dolor, cuánta vacilación, cuánto ir y venir del entusiasmo al desaliento; cuánta oscilación, de la claridad momentánea de la nueva idea a la oscuridad habitual de la tradición; cuánto miedo de equivocarse; cuál temor de que estemos siendo víctimas de un sueño; de que la Quimera nos esté seduciendo, de que la Esfinge nos esté fasci-

nando con sus enigmáticas miradas! —Señor, no es esto una locura? no soy un visionario? he de tener razón yo solo contra todos? no me estará cegando el orgullo? y haré verter sangre y lágrimas, por lo que es, acaso, un desvarío? y haré sufrir a mi padre, a mis hermanos, a mi madre, por lo que luego resultará ser una ilusión, una vana figuración de mi pobre cabeza enferma? Señor! si es posible, que no pase por mí este cáliz! Señor, dame luz, hazme ver, cúrame de mi orgullo y de mi locura, si acaso estoy enfermo de orgullo o de locura. Señor, no me dejes caer vencido en esta tentación, si es tentación! Yo, que vivo feliz, tranquilo, ayudando a los míos, llevando el pan a mi casa y la alegría a quienes me rodean! Yo que me extasíé con la aurora todos los días, y todas las noches me prosterno ante las estrellas, y vivo humilde, callado y sereno como un arroyito que se desliza casi sin murmurar!... ¿Y qué voy a provocar con mi doctrina o con mi empresa? Dolor, sangre, muerte quizá?... Señor!...

*

Esa es la vida interior del héroe y del santo, antes de resolverse a la cruz: una tragedia que nadie sospecha, un perenne drama ignorado; un corazón que se está desangrando, una cabeza que se está enloqueciendo; una pobre alma agitada como un mar

tempestuoso, en que las olas furiosas, desatadas, se amontonan golpeándose en aquella cárcel de su pecho sin que nadie sospeche que ahí esté gritando una voz lamentable aquel grito que sólo las estrellas pueden oír: ¡Padre mío!, ¿por qué me has abandonado?

XII

“Cuando se enciende una candela —les decía una vez Jesús a sus discípulos—, no se pone debajo de un cajón, sino en un candelero, para que alumbré a todos los de la casa”.

Seguramente, así lo intentó él en la suya, cuando aquella luz interior y penetrante que él llamaba *su Padre*, comenzó a iluminar su conciencia. Antes que a nadie, y con más empeño y ternura que a nadie, querría él hacer partícipes a los suyos de la revelación que para él estaba descendiendo del Cielo. ¿Qué hay más natural ni más humano? Si no le hallamos sabor a una fruta o a un confite, si los seres queridos que nos rodean no los gustan al mismo tiempo que nosotros; si ansiamos que oigan la misma canción que nos es grata, y vean el cuadro que nos encanta, y la puesta de sol que nos fascina, ¿con cuánta mayor ansiedad no querremos que *vean* la nueva verdad que hemos descubierto, que se iluminen con la misma luz que a nosotros nos arrebató y nos deslum-

bra! No hay don más alto que la luz; no hay más preciosa dádiva que la verdad, y no hay para un corazón generoso necesidad más imperiosa ni placer más grande ni más alto, que dar a quienes ama, su luz, su visión interior, aquella perla única encontrada por él y que ansía ver reluciendo en las frentes queridas, antes que vaya con sus fulgores a iluminar el mundo...

Ved, pues, a Jesús, adolescente —de unos diez y siete años, me figuro—, rebosante de entusiasmo, ansioso de comunicar, de *comulgar* con sus padres y con sus hermanos; temeroso de no saber expresarse; mal seguro de sus visiones; deslumbrado por lo que entrevé, y sobrecogido por las oscuridades que advina detrás de aquella claridad!... vedle tímido, balbuciente, una serena noche azul de abril, sobre la terraza que refrescan las brisas del mar y acarician con sus miradas las estrellas... vedle, insinuando a su madre, que él, Jehoshua, tiene ciertas dudas sobre la Ley; que quizá es demasiado rígida y demasiado estrecha; que *el Señor*, más que un juez y un vengador será tal vez un padre, que guía y perdona; que, acaso, los pobres extranjeros merecen tanto como los judíos entrar en la categoría de hijos de Abraham; que aquella historia de David, de Salomón, de Josué, que les han enseñado a admirar, es una historia de sangre, de crímenes, de crueldad y lujuria, de bandidaje y robo... que los verdaderos

grandes hombres de Israel no son Saúl, ni Gedeón, ni Sansón, ni Samuel, sino Isaías, Jeremías, Amós, Ezequiel y demás profetas, que consagraron su vida a predicar el amor y la justicia, y sellaron a veces sus ideas con su sangre; que el Mesías, a quien todos esperan en un día muy próximo, acaso no será un guerrero —pues ya la tierra está harta de sangre—, sino un gran profeta, mayor que todos, y que los comprenderá y resumirá a todos así como todos los pétalos se juntan en la flor...; que...

María, deslumbrada, asustada, conmovida, vacila, al oírle, sobre si le revelará el secreto de su nacimiento; sobre si le revelará que es él, Jehoshua, a quien ella atrajo de lo Alto, con su pureza y con su espíritu, para que fuera ese Mesías... Hace tiempo que aquellas esperanzas se marchitaron; hace tiempo que ella vio que ese niño no sería nunca el sucesor de David, el sucesor de Judas Macabeo; hace tiempo que se dice a sí misma que todo fué un sueño; que el Angel y sus promesas, la salutación de Isabel, las palabras de Simeón, todas fueron, no más, creaciones de su fantasía, de la soledad y de la abstinencia, de su imaginación soñadora, de su orgullo quizá... de su insensatez, que el Señor ha castigado con el más triste desengaño...

No que menospreciara a su hijo, pues demasiado ve su clarísima inteligencia y conoce la suavi-

dad de su palabra, y la unción de su voz, y la elevación de su espíritu; mas con todas esas gracias, no se liberta a un pueblo ni se reconstruye una nación; con ellas llegará su hijo a ser un poeta, acaso un terapeuta, quizá hasta un taumaturgo... Ella misma le inició en lo poco que ella alcanzaba de las doctrinas y prácticas de los Esenios, y si no le llevó al Santuario de éstos, fué descorazonada de que sus votos y sus esperanzas se vieran cruelmente desmentidas por la realidad...

Esta noche, a la luz apacible de la luna creciente, alentada por el silencio, la soledad, la calma del ambiente, el susurro lejano de los olivares y el azul profundo del cielo que incita a la comunión de todas las cosas... sintió que debía hablar, que debía revelarle a su hijo lo que ella había soñado y preparado para él: que ella le había formado con lo más santo y puro de su sér, para concentrar en él: una fuerza, infundir en su alma la energía y la celeridad de una centella, la dureza de un guijarro pulido por las aguas del torrente, el ojo del halcón y el vuelo de la golondrina, la certitud de la flecha y la elasticidad del arco, para que fuera el Liberador, el Mesías, el sucesor de David...

E insinuó: —Jehoshua, tú sabes que yo desciendo de David; del más grande de nuestros reyes; del hombre glorioso que forjó una nación con las tribus

casi dispersas y todavía bárbaras que vinieron de Egipto. Y tú eres mi hijo... El Mesías, no sólo será el continuador de David, por su espíritu, porque nos libertará y reconstruirá nuestra nación, sino también porque luego coronará su obra extendiendo nuestro poder sobre todos los pueblos. Mientras haya descendientes de David, y *yo lo soy*, de ninguna otra casa puede venir nuestro caudillo. Nuestra historia es una historia de guerra; Moisés fué un hombre de espada, un conquistador. Si salimos de la esclavitud en Egipto, y luego de la vida nómada, para convertirnos en pueblos con tierra propia, en esta tierra que *mana leche y miel*, a la espada se lo debemos. Echar a los romanos y sujetar en seguida a los griegos, a los persas, a todos los pueblos, o por lo menos someterlos a nuestra influencia para enseñarles luego el culto del verdadero Dios, es obra de la espada. Después, cuando ésta haga su obra, vendrán la paz y la luz para todos los pueblos, porque sólo nosotros las poseemos; porque somos el *Pueblo Escogido*, y para esa obra se nos escogió. Nuestro rol entre las naciones, nuestra misión, nuestra alianza con Dios, esa es: reinar sobre todos los pueblos de la tierra, para educarles en la verdadera Ley... Tú, hijo mío, descienes de David... La era que se aproxima, será la Nueva Era de David... El trabajo que viene, es el trabajo de la espada... ¿Te hallará dispuesto el caudillo, el Liberador, para que

luches a su lado? Cuando suene la trompeta ¿serás de los primeros en oírla y en obedecer su llamamiento? . . . Porque la hora se acerca . . . ¿Qué piensas tú?

—Madre —respondió Jesús, pausada y suavemente, pero con un acento que dejaba traslucir una profunda convicción y una voluntad inquebrantable—, yo aborrezco la sangre; yo no creo en la grandeza de David ni en la necesidad de que se continúe su obra; yo no creo en la espada . . . yo creo en la compasión . . . Dios, mi Dios, no me pide que mate, sino que cure, que alivie; yo siento que Dios no ve en mí un instrumento de venganzas ni de hazañas políticas, sino . . . un hijo . . .! Madre . . . no sé como explicártelo . . . *yo siento, yo sé que Dios . . . es mi Padre!* . . .

María, espantada, se acercó a él, y con su suave mano acariciante cerró la boca del hijo temerario. —¡Calla, Jehoshua, cállate! Si vuelves a repetir esas palabras donde pueda oírla, otra que yo, estás perdido. Lo que has dicho es una blasfemia, y te lapidarían. Hijo mío, estás poseído quizá, y los demonios te atormentan . . ., pero yo te curaré; iremos al Santuario de los Esenios, y ellos te librarán del Maligno. Mientras, júrame a mí, tu madre, que no repetirás esa palabra.

—Madre, está tranquila; no la repetiré . . ., pero yo tengo aquí una luz . . . un resplandor . . . una es-

trella... ¡Y era tan dulce pensar que sus fulgores te iluminarían como a mí!...

*

Callaron ambos; callaron, y las estrellas contemplaron las lágrimas de la madre, y las brisas se llevaron los suspiros del hijo. Y ahí se estuvieron, callados, inmóviles, tristes, traspasados, con la sensación indecible de dos almas que sienten que ya jamás han de encontrarse.

XIII

Si no le comprendió su madre, ¿quién había de comprenderle en aquella casa y en aquella aldea?

Gente rústica, inculta, de pensamiento estrecho, ceñida al texto y a la tradición como el caracol a su concha, con esa inercia mental de los aldeanos, tardos para analizar y concebir, como son tardos sus bueyes para andar; gentes que viven en el hoy y para quien el hoy es el pan, el techo y el vestido, reducidos a su expresión mínima; petrificados, momificados en su espíritu, al grado de que las cosas de hace siglos les parecen novedades increíbles y temerarias: tal era el medio moral y mental en que se hallaba preso ese colibrí, agitado y vibrante,

que sería entonces el pensamiento de Jesús, todavía no apaciguado por los años ni por la experiencia de las cosas.

María, la idealista, la espiritual, casi una iniciada, no le comprendía; aun peor, no le comprendería nunca, porque siendo ella misma una mujer de ideas propias, arraigadas, acariciadas desde su niñez como las más altas y mejores, todo en ella había de tender a esforzarla para infundirlas en su hijo. María, que soñara para Jehoshua el papel de Mesías, que le nació y le crió para eso, no aceptaría nunca seguirle en ese otro camino tan diferente, tan inferior, según ella, tan contrario a la voluntad, aspiraciones y creencias de toda su nación, y que, a lo sumo, le llevaría a ser un dulce compositor de salmos o un buen terapeuta, si acaso no le conducía a la locura, tal vez al suplicio.

Para Jesús, una vez rota la ilusión de que su madre le comprendiera, le alentara y le ayudara a sondear en aquellos misterios que estremecían su corazón y deslumbraban su pensamiento, no había —de quedarse ahí en Nazareth— más perspectiva que la tristeza, la melancolía, y ese suicidio lento y acerbo del que, voluntariamente, por no chocar con quienes le rodean, les corta las alas a sus sueños, les saca los ojos a su imaginación, y hace que su mente se convierta en una charca de aguas pútridas que le

envenenan sin cesar, y cambian en pestilencia y sombra todo lo que pudo ser fragancia y luz...

¡Ah, ese tormento de vivir sólo para uno mismo, escondido y prisionero en sí mismo! ¡Mudo, quien nació para el canto! ¡inmóvil, quien nació para el vuelo! ¡rumiando, resignado y paciente, por no chocar, por no escandalizar, por no atraer iras y burlas... rumiando y avalando todo lo que nos repugna, todo lo que nos irrita y subleva; degustando como si fuera miel, lo que nos sabe a poción hedionda y letal; acogiendo, como si fueran anuncios del alba y esplendores aurorales, lo que sentimos ser nieblas y tinieblas, brumas inertes y húmedas y sofocantes, que pesadamente se exhalan de un suelo corrompido, donde el error y el vicio y la ignorancia y la estulticia, han estado por siglos, infiltrándose e inficionando hasta la raíz la vida y el alma de todas las cosas!...

¡Asfixia, asfixia, asfixia!... Breves días que un hombre se resigna a esa vida —cuando se es un hombre, cuando se lleva en el corazón un lucero—, pueden idiotizarle, amargarle para siempre la vida, sumergirle en el pesimismo y en el odio, o hacerle caer en el abismo de la renunciación de su luz, de su espíritu, de su dios interior, de lo que hay en él de inmortal y divino.

Nadie, enseñó Pitágoras —el antecesor, el pre-

cursor de Budha y de Jesús—, "nadie debe sacrificar su alma para salvar el alma de los demás". El cuerpo, enhorabuena; el pan, el trabajo, los bienes todos de este mundo, el descanso y la felicidad, y todo halago y todo deleite, y aun la vida; pero no nuestra verdad, no la luz que resplandece en nuestra alma, no la voz celeste que nos guía y nos llama. Ese es *el pecado contra el espíritu*; el cual, dice Jesús, a ningún hombre le será perdonado.

No; ahí en Nazareth, no podía quedarse Jesús; ahí, en el pueblo, no puede quedarse nadie que lleve una luz que debe hacer brillar para socorro y elevación de los hombres; ahí en el pueblo, reinan y tiranizan el prejuicio, la frase hecha, la idea rancia, la creencia apolillada, el refrán estúpido, el cuento resobado, repetido mil veces cada día desde hace mil años como tesoro de sabiduría y de ingenio; el molde, el miedo pánico al qué dirán; el culto religioso a la tradición, a lo que es, a lo que fué. No, ahí las almas tienen moho y las mentes duermen bajo una costra de orín petrificado. La montaña, la soledad con la piedra y el árbol, con el pájaro y el manantial, sí! ahí se puede quedar un hombre, y acrecentar, o por lo menos mantener los tesoros de su espíritu. La aldeíta, con almas sencillas, que son casi como la piedra y como la nube, también. Pero el pueblo, con sus gamonales, con sus hombres doctos en cuanto es ya viejo y mentido y oxidado y mohoso,

no. Esa es la asfixia, es el veneno, es el suicidio por el miasma.

Así es que Jesús no podía quedarse allí en Nazareth. Tenía que irse, y se fué. Meses después, cuando ya estuvo cierto de que el abismo entre él y su madre estaba bien y profundamente cavado; cuando previó lo que le esperaba, la risa, la ira, el escarnio, el ludibrio, la pedrea de los muchachos y los ladridos de los perros, se decidió, se fué. Se fué, llevándose aún esa esperanza de quien se aleja de los seres queridos a quienes no pudo iluminar: "un día volveré, cuando sepa, cuando mi palabra sea una fuerza, cuando la luz alumbre plenamente en mí, y sus resplandores penetren fácilmente corazones y pensamientos; entonces volveré, y les salvaré... Ahora, voy en busca de la Verdad; no volveré sin encontrarla, y cuando la tenga en mis manos, vendré, y se la entregaré a mi madre, a mis hermanos, a todos ellos, y entonces sabrán cómo les he amado..."

Y así, con esa esperanza, se alejó de Nazareth una mañana, para ir a Enghadi, al santuario de los Esenios, donde, por recomendación de María, le recibirían... y le curarían... puesto que, sin duda, estaba poseído, enfermo, atormentado por los espíritus malignos...

VIAJES DE JESUS

XIV

DE regreso de Egipto, adonde fuera después de su iniciación en Enghadi, Jesús se quedaría algunos años en Nazareth. Cortos viajes a las regiones vecinas interrumpían aquella vida de meditación y de silencio, durante la cual, ideas y sentimientos, ensueños y visiones hervían en su corazón y en su cerebro, como en las entrañas de un monte hierve la lava antes de brotar a la superficie en oleadas de fuego.

Después, callado siempre y meditativo, fué a Tiro y a Sidón, a Damasco, a las islas del Mediterráneo, donde aprendería o perfeccionaría el griego, y por este idioma, tratando con hombres de saber, conocería doctrinas de Pitágoras y de Platón.

Acaso llegara, navegando, hasta Alejandría; acaso, recorriendo las costas del Asia Menor, departie-

ra con hombres que venían de Persia y de China, quienes le darían orientaciones en las doctrinas de Budha, de Lao-Tse, de Zoroastro.

En esos largos y silenciosos viajes, visitó santuarios, oyó a filósofos, ahondó en los profetas, revisó las enseñanzas adquiridas en Egipto y las que antes le dieran los Esenios... Y sobre todo, en aquellos viajes fecundos, mil veces mejores que libros, habló con el lirio del campo sobre la belleza y gratuidad de su vestido; habló con la raposa, sobre la vida fácil y libre de quien se contenta con una madriguera; habló con la golondrina y el vencejo, sobre la paz que infunde el aire a quien frecuenta las cimas de los montes; habló con los torrentes y las cascadas, con las rocas y los arenales, con los espinos estériles y con las higueras prolíficas, con el árbol y el musgo, con la lluvia y con el rocío, con el relámpago y el trueno; con todas las cosas que se contemplan en la vida errante, si quien ambula es un poeta; y cada una le enseñó alguna verdad y alguna parábola; cada una le mostró algún símbolo y alguna palabra que lo tradujera; cada una le reveló algún secreto del Espíritu y le inició en alguna reconditez del Misterio.

Así, cuando volvió a su tierra, después de ausencia tan dilatada que ya muchos no le reconocían, *había visto y había oído*. Sus ojos y sus oídos, ejercitados largamente en el trato de las cosas, se habían

habituaado a percibir y a *entender*; a llegar de una vez hasta el fondo de toda palabra, ya viniera del fariseo hipócrita, del escriba sofisticador, del publicano avergonzado, de la Samaritana ingenua o de la Magdalena arrepentida.

Era, pues, un vidente; ya no sólo porque lo trajera de origen, sino porque ejercitó y perfeccionó su videncia en la grande e incesante revelación de las cosas. Era un *Vidente*: uno que ve al través del cuerpo, el alma; a través del vocablo, la idea; a través del hecho, el móvil.

Luego, vagando siempre —pues Jesús era nómada por sangre, por hábito, por necesidad y afición—, recorrió una vez más aquellas ciudades y aldeas donde luego había de ser maestro. Y entonces advirtió aquella lamentable miseria de aquel pueblo, donde la viuda y el huérfano a nadie tenían por amigo; donde el hambre, la desnudez, la abyección, el desamparo y el vicio habían creado una generación de leprosos, de atormentados, de maniáticos, de melancólicos y de poseídos; de infelices ansiosos que suspiraban por alguien que los redimiera; que les diera de qué alimentarse y vestirse; que les librase de la opresión del romano y de la extorsión del judío; que les infundiera, sobre todo, aliento y esperanza, promesa de una vida mejor, donde los que hubieran hambre y sed de justicia, habrían de saciarse; donde los que ahora eran últimos, pasarían

a ser primeros; donde los que ahora gemían en la gehena del desprecio y del dolor, ascenderían purificados y glorificados hasta ser los primeros en el Reino del Padre.

*

Que Jesús viajó largamente fuera de su país, lo confirma una característica de su doctrina y de sus hechos, y es la *ausencia total de localismo*, en oposición manifiesta a la característica de su nación.

Para el judío, *pueblo escogido*, no había más prójimo que el judío. Los demás, eran *el extranjero*, el desechado de Jehová; el que un día, por voluntad y promesa del Eterno, sería sometido a Israel.

Aunque por el momento otros pueblos primaran —así lo quería Jehová, en castigo de las prevaricaciones de Israel—, aunque Faraón y Ciro, Nínive y Babilonia, y al presente Roma, hubieran dominado y oprimido al *Pueblo de Dios*, eran esas tormentas que habían de pasar: Roma caería como cayeron las demás, y un día, próximo sin duda, la casa de David recogería el cetro, y sobre las ruinas de Roma, de Tebas, de Menfis, de Nínive, de Babilonia, erigiría el trono del poder universal. Entonces los hijos de Israel cosecharían el fruto de la Alianza; sus descendientes serían más numerosos que las arenas del desierto, y sus esclavos tantos

como las hojas que el Otoño esparce sobre los caminos y las eras.

Así, todo judío, hasta el más ínfimo, formaba, teóricamente, una aristocracia: la *casta de los hijos de Abraham*. Ser hijo de Abraham era un título que nadie, ni César, podía pretender, y al cual ningún camino daba acceso, fuera del nacimiento.

De esta alianza con Dios surgieron deberes especiales, según se tratase de judíos o extranjeros: el uno era el prójimo, el noble, el escogido; el otro era el extraño, el bastardo, el inferior.

Y si alguna idea era inconcebible para un fiel israelita, era la de que el Mesías, el descendiente de David, pensara equiparar en derechos a los nacionales con los extranjeros.

El día en que el romano, el sidonio y el tirio, el egipcio y el griego ascendieran a la categoría de hijos de Israel, ese día quedara sin sentido toda su historia, y sin razón de ser su nacionalidad. Ese día, Josué, Moisés, Jacob, el mismo Abraham, resultarían ser unos impostores o ilusos. Los profetas, que tan eficazmente les habían confortado en las tribulaciones del cautiverio, alentándoles siempre con la promesa de una victoria final, resultarían ser unos charlatanes, y toda la sangre y lágrimas que el pueblo de Dios regara sobre los arenales de Menfis y de Tebas, dentro de los recintos de Babilonia y de Nínive y tras de las murallas de las ciudades per-

sas, toda la sangre y lágrimas de ese pueblo cuyo pasado fuera una constante esclavitud, resultaría ser entonces una burla, una quimera, la mentira más cruel con que el Destino pudiera engañar a los hombres.

Ese estado de ánimo hará comprender con qué ansia, con qué impaciencia se esperaba el advenimiento del caudillo que había de romper las cadenas de Israel y poner en sus manos el cetro de la Tierra. Y hará también comprender, con qué sorpresa, con qué enojo, indignación y escarnio serían recibidas las palabras de quien se atrevía a decir —contra el sentimiento popular, contra lo enseñado por la tradición, contra la Ley, contra Moisés—, que todos, *samaritanos y gentiles*, eran llamados a participar del Reino con igual derecho que los hijos de Abraham...

Apenas se concibe cómo un hombre que así se colocaba en contra de todos, en un pueblo tan intolerante y celoso, haya podido sostener aquella lucha algunos años. Lo natural sería que le hubiesen lapidado desde que comenzó su predicación; pues desde el punto de vista del patriotismo y de la ley, Jesús era un traidor, y mucho antes que los fariseos de Jerusalem pidieran su muerte, ya la Ley clamaba en nombre de Moisés y de David: ¡crucifícale! ¡crucifícale!

XV

¿De dónde pudo venirle a Jesús aquel vivo sentimiento cosmopolita? Desde luego, de su propio espíritu, pues todas las ideas directrices y trascendentales vienen con nosotros, como vienen en la semilla todas las características de la flor y del fruto.

Luego, de los viajes y del contacto con los hombres de toda clase, de quienes aprendió la lección trágica de la común miseria y del universal dolor.

Viajando aprendió que en todas partes, ayer como ahora, la vida es dolor, y que *son bienaventurados los vientres que no concibieron*. Viajando aprendió que la viuda era en todas partes oprimida y el huérfano despojado; que los pobres se debatían y corrompían en la necesidad, y los ricos en la opulencia; que la justicia tenía una tarifa, y la religión una máscara.

Aprendió que así en Nazareth como en Jerusalem, en Judea como en Samaria, en Cafarnaúm como en Tiro y Sidón, los hombres vivían en la esclavitud y en la oscuridad: unos esclavos del hambre y otros de la hartura; unos de la enfermedad y otros del hastío; unos de la abyección y otros de la soberbia, y que todos necesitaban de un Salvador que les dijera: "*Venid a mí, los que andáis cargados y oprimidos; mi yugo es suave y mi carga es ligera*".

Así se formó esta modalidad de su doctrina, tan

contraria al ambiente y a la mentalidad judaica; tan amplia y tan nueva, que hacía de los hombres una sola familia, sin castas, sin fronteras, sin clases ni división alguna; una suave y universal hermandad, donde los más humildes serían los más altos, y donde el pecador arrepentido tendría en la casa el lugar de más precio.

MISION

XVI

ENTRE los veintisiete y veintinueve años, imagino, Jesús, versado en las ciencias y prácticas de los Esenios; iniciado en los Misterios egipcios; esclarecido por los continuos y dilatados viajes; conocedor profundo de los Profetas y demás Escrituras; al tanto de las doctrinas de Platón y hondamente influenciado por las enseñanzas de Budha; observador e intérprete sutil de la Naturaleza; aguerrido en la vida sencilla del pastor, del pescador, del labrador y del obrero, pues con todos hubo de trabajar y convivir; fuerte y gallardo, con una hermosura suavemente varonil y fascinadora; con un entendimiento rápido y penetrante y una maravillosa elocuencia, se hallaba preparado bastante para la empresa inaudita: *"establecer sobre los reinos de la opresión y la separación, el Reino de Dios, regido por la libertad y el amor"*.

¿Tenía él, en ese momento de su vida, un propósito claro y preciso en relación con tal empresa?

No, seguramente.

Sin duda, desde muy joven se dio cuenta de que en él había un germen de algo poderoso y vital; niño aún, sintió palpitar en su corazón hondos sentimientos, y bullir en su cerebro extrañas e inquietantes ideas.

La leyenda nos lo pinta, a la edad de doce años, discutiendo en el Templo con los doctores de la Ley, y asombrándoles con sus atrevidas preguntas, y bien se concibe, que ya a los catorce o quince años, se preocupara de esclarecer las dudas que le sugería la vieja ley Mosaica, y de comprender los relámpagos silenciosos que en las profundidades de su alma anunciaban un nuevo día y una nueva Ley.

Sea como fuera, podemos colegir que aun ya tornado de sus viajes, y bien pertrechado de ideas, sentimientos, hechos e intuiciones, todavía Jesús *no sabe claramente lo que quiere*, ni cual será el camino que habrá de recorrer.

Sabe que el orden social existente es odioso; que el egoísmo y la opresión hacen de la vida un infierno; sabe que un cambio radical es urgente, y ansía que surja el hombre que tome sobre sí la carga de redimir al pueblo. El, como todos en su país, cree y espera en un Mesías, en un Salvador; sólo que mientras los demás esperan un hombre de guerra

un caudillo que restaure la casa de David, él piensa más bien en el advenimiento de un Profeta que purificará las almas y libertará los entendimientos.

¿Lo demás? Lo demás "*vendría por añadidura, si antes se buscaba el Reino de Dios y su Justicia*". Tras la justicia, tras la fraternidad, vendrían los bienes terrenales, la libertad, la independencia nacional, los grandes días de David y de Salomón, cuando Israel era como un rosal que florece a orillas del torrente.

Jesús tenía fe profunda en que el Mesías había de venir. Y como el dolor, la miseria, la opresión, habían llegado a su punto extremo, deducía que no podía tardar aquel a quien deseaban todos. La convicción de que de un instante a otro aparecería el Salvador, era en él tan viva como en todos los que le rodeaban.

Cuando llegara el momento, él, Jesús, sería el primero en acudir a la llamada del Enviado. Correría a tomar su cruz —¿su espada tal vez?— y ayudaría con todas sus fuerzas a "enderezar los caminos del Señor".

Un presentimiento insistente, una voz interior que cada vez hablaba con más fuerza, le decía que en la lucha que se aproximaba le tocaría a él un rol de primer orden, muy cerca del Mesías.

Conviene meditar bien esto, para no crearse un

concepto erróneo sobre la obra y sobre la persona de Jesús: que él *estaba destinado*, desde antes de su nacimiento, a la misión que cumplió a costa de su vida, es para nosotros una verdad inquebrantable; pero no así que él tuviera conciencia de esa misión desde los primeros años de sus luchas. Le sucedió a él, como a todos los grandes reformadores, tener habitualmente una certidumbre de su fuerza, y sólo por instantes un vislumbre de la obra a que están destinados.

Pero él, como todo hombre sincero, dudaba de sí mismo; se sentía inferior a la empresa, y veía en ella una carga, una cruz.

Antes de él, en caso semejante, Moisés, el hombre de hierro que luego no retrocedió ante ningún obstáculo, veía con espanto la empresa de liberar a los israelitas del yugo egipcio. “¿Quién soy yo, decía, para que lleve sobre mis hombros a este pueblo? Yo no soy hombre de palabra, y Faraón no hará caso de mí”. Y no fué sino cuando el Señor ordenó imperativamente desde la zarza ardiendo, cuando Moisés se resolvió a encargarse de libertar a su pueblo.

Más tarde, Isaías, aquel terrible profeta que llovía anatemas sobre las grandes ciudades prevencadoras, cuando vio al Eterno rodeado de serafines fulgurantes —señal de que él, Isaías, debía consagrarse al ministerio profético—, se llenó de temor y

trató de esquivar la peligrosa misión: "Ay de mí, suspiraba, estoy perdido. Porque yo soy un hombre de labios impuros, y vivo en un pueblo que es impuro también".

"Pero uno de los serafines, refiere, voló hacia mí, llevando en la mano un carbón encendido, con el cual tocó mis labios, diciéndome: *ahora que el fuego ha tocado tu boca, tu iniquidad queda borrada, y tus pecados han sido expiados*".

En seguida se oye la voz del Eterno, que interroga: ¿A quién enviaré, que quiera ser mi mensajero?

—Heme aquí, yo iré, contesta Isaías, hecho desde aquel punto profeta del Señor.

Esta visión de Isaías, como la de Moisés, esclarece el desarrollo que sigue en la conciencia de todo profeta, el designio de consagrarse a la redención de su pueblo. Es una lucha de años, una tempestad silenciosa, una batalla ruda y sin testigos entre la razón, que se juzga incapaz, que reconoce y aun exagera todas sus deficiencias, y la voz imperativa de la conciencia que dice, en forma de zarza que arde, a Moisés; de visión del Eterno, a Isaías; de paloma que viene a posarse sobre su cabeza, a Jesús: *tu irás, tú lo harás*.

—Es necesario que se haga...

Nadie se ofrece para hacerlo...

¿Por ventura seré yo el escogido?...

Esas tres cuestiones, surgidas una a una, a largos

intervalos, del espíritu del profeta, obtienen siempre la misma respuesta:

—*Tú eres el llamado.*

Y así, lentamente, entre sobresaltos y dudas, entre inquietudes y recelos, entre avances y desfallecimientos, se va formando en el profeta la convicción de que él es el llamado; de que la palabra de lo Alto se dirige a él y no a otro; de que no puede evadirse del encargo, y de que, por voluntad de todas las Potencias del Cielo, *él habrá de cumplir aquella misión.*

Hasta que, acabado el temor, ahuyentada toda vacilación, la convicción se convierte en fe; en el sentimiento vivo, rebosante, de que Dios mismo combate a nuestro lado y realiza nuestras voluntades.

—Iré, responde Lutero cuando le advierten que perderá la vida en la Dieta de Worms: iré, aunque sobre mí hubieran de llover diablos del infierno.

Y Mahoma, profeta de los Ismaelitas, cuando le aconsejan que desista de su predicación, responde: no retrocederé, aunque viniesen contra mí con el sol en una mano y la luna en la otra.

*

Más de una vez, de una manera confusa, oscura, indistinta, Jesús había oído aquella voz que llena de espanto a los más fuertes. Vagando a orillas del

lago de Tiberíades, soñando en la cima de los montes de Galilea, meditando bajo los pórticos del Templo, en Jerusalem, o sentado a las márgenes del Jordán, mientras recordaba la historia de los profetas y meditaba sobre la miseria y la tristeza en que yacía el pueblo... , más de una vez, ahí dentro, en lo más recóndito de su alma, oyó balbucear palabras que le llenaban de esperanza y de confusión:

—Tú!...

—Yo?...

—Sí, tú!...

Pero tales palabras eran inarticuladas, sin contornos, como si fueran moduladas por una sombra durante un hondo sueño.

Al volver de aquellos éxtasis, sólo quedaban en la conciencia del joven Galileo la certeza de que un cambio se aproximaba, y el presentimiento, mezclado de alegría e inquietud, de que él no sería un mero espectador en el torbellino que se acercaba...

Entre tanto, erraba por Galilea (alguna vez paraba en Nazareth, hablando apenas con sus hermanos y parientes), distraído, meditativo, cada vez más silencioso y reconcentrado, más afeccionado con la soledad; amigo de estarse los días al margen de un torrente, y quedarse las noches sobre las colinas o sobre los montes, sin más compañía que el viento que se rompía contra las rocas, y las estrellas que le miraban tenazmente.

Alguna vez, tornando de aquellas dilatadas excursiones, su madre, llena de inquietud, le preguntaba quejosa: ¿Dónde estabas? La respuesta era siempre: ¿Para qué me buscáis? ¿No sabéis que yo estoy ocupado en cosas de mi Padre?

Sin entenderle, sin sospechar a qué padre se refería, le dejaban en paz.

Un día desapareció. Había oído referir, vagamente, cosas y palabras de un cierto Juan, a quien decían el Bautista. Un profeta recién aparecido, que predicaba y bautizaba junto al Jordán.

¿Ya el Mesías, quizá? . . .

Jesús se fué derechamente a buscarle.

JUAN EL BAUTISTA

XVII

ESTE Juan el Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, parientes de María según la tradición, fué un hombre extraordinario y extraño. Al decir de Jesús, *el más grande entre los nacidos de mujer*.

Lo mismo que Jesús, tuvo su leyenda: su nacimiento fué anunciado por el Arcángel Gabriel, y este anuncio fué recibido como la promesa de que el niño sería el Mesías.

Los padres de Juan descendían de familia patriicia: nada menos que de Aarón, compañero y segundo de Moisés en la liberación de Israel, y en el trabajo para contituirle como nación.

Su casa era, pues, una de las que, a mejor título, podía abrigar esperanzas de ser la cuna del Mesías.

Las mujeres estériles, vistas con aversión donde quiera que hagan falta soldados o contribuyentes,

eran en Judea cubiertas de oprobio, pues sobre el estigma de restar defensores a la nación, llevaban el de hallarse excluidas de la más alta gloria: la posibilidad de ser la madre del Mesías. Una de estas tristes menospreciadas era Isabel, mujer de Zacarías. Ya entrada en años, casi no tenía probabilidad de ser madre. Sin embargo, oraba y esperaba. Zacarías rogaba también fervorosamente, y estos anhelos alcanzaron un día el premio que se otorga a toda fe profunda.

Un día en que se hallaba de servicio en el Templo, un arcángel se le apareció y le anunció no sólo la ventura tan ansiada de tener un hijo, sino la dicha suprema de que ese hijo era el Mesías.

He aquí las propias palabras del arcángel: "Tu mujer te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan;

El cual será objeto de gozo y de júbilo;

Y muchos se regocijarán de su nacimiento,

Porque ha de ser grande en la presencia del Señor.

No beberá vino, ni nada que pueda embriagarle;

Y será lleno del Espíritu Santo, ya desde el vientre de su madre".

Ser *grande en la presencia del Señor*, como se dijo de Nemrod, significa en lenguaje bíblico, estar llamado a los más altos destinos; y bien pudieron

Zacarías e Isabel pensar, como pensaron, que su niño sería aquel Mesías tan ansiado.

Zacarías dudó, sin embargo, por hallarse él y su mujer ya muy avanzados en edad; y entonces, para mejor señal —y para castigo de su incredulidad—, dice la leyenda: "*el Arcángel le dejó mudo hasta el día en que el niño fuera entrado en el mundo*". Cosa que para nosotros significa, sencillamente, el designio de no hablar nada de aquel suceso, hasta que fuera tiempo; hasta que Juan mismo, posesionado ya de su misión, diera la señal de romper el silencio.

"Con lo que el temor y el asombro, dice el Evangelista, se apoderaron de todas las gentes comarcanas, y divulgáronse tales sucesos por todo el país de las montañas de Judea". Se divulgaron como una *confidencia*, como una esperanza, como un secreto precioso, entre aquellos que tenían el mayor interés en guardarlo, y para quienes significaba la liberación de Israel.

"Y cuantos los oían, sigue diciendo el narrador, los meditaban *silenciosamente* en su corazón, diciéndose: ¿quién habrá de ser este niño? *Porque la mano de Dios está en él*".

Algunos años después, cuando fué ya manifiesto que *la mano de Dios estaba en él*, que era un elegido, Zacarías rompe su mutismo y glorifica al Señor, diciendo: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, *porque ha visitado y redimido a su pueblo*, y nos ha suscita-

do un *poderoso salvador*, en la casa de David, su siervo; *para librarnos de nuestros enemigos* y de todos aquellos que nos aborrecen; conforme el juramento que hizo a nuestro padre Abraham, de que *libertados de nuestros enemigos, le podamos servir sin temor*".

Este himno de acción de gracias se refiere claramente al Mesías clásico, al caudillo que viene a restaurar la independencia y a castigar a los opresores del pueblo escogido. Juzgamos que la leyenda nos lo ha conservado íntegro, salvo la interpolación de estas palabras: *en la casa de David, su siervo*, intercaladas más tarde para conformarse con la tradición profética, y para que no se atribuyera a nadie más que a Jesús el rol de Mesías.

*

"Mientras tanto, concluye el relato de Lucas, el niño iba creciendo y se fortalecía en espíritu; y *habitó en los desiertos, hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel*".

Nos place ver en esto uno de esos enigmas históricos, indescifrables, y por lo mismo fascinadores. ¿Quién es, en realidad, este muchacho, cuyo nacimiento se oculta y cuya infancia y adolescencia se confían a la montaña y al desierto, como un tesoro que no ha de verse antes de tiempo? Para nosotros,

se trata de un príncipe, de uno que tiene derecho a la corona, y que desde niño ha revelado fuerza, valor, voluntad e inteligencia. Los padres, o mejor, quizá, los guardadores de ese vástago real, seducidos por sus prendas, conciben la esperanza de hallar en él, su caudillo soñado. Entonces le ocultan, le educan en la soledad, le hacen fuerte y sano con el perenne contacto de la Naturaleza, y mientras *él crece en espíritu*, le forman una aureola de prestigio, que se convertirá, a su tiempo, en devoción y obediencia.

Hay, pues, una secreta inteligencia entre el pueblo y los guardadores del niño: éste se forma para Mesías, y aquél se apercibe para seguirle, *cuando llegue la hora*.

*

Juan, lo mismo que Jesús, no correspondió a las esperanzas de sus parientes. Ninguno de los dos fué el hombre de armas, el político, el organizador de rebeldías, el caudillo que se deseaba y se esperaba. Uno y otro, cada uno a su manera, y en un sentido absolutamente imprevisto, resultaron *hombres de espíritu*, incrédulos en la eficacia de la acción política, reacios a buscar en conspiraciones y en aventuras guerreras la libertad, la paz y el bienestar, que sólo se obtienen, "*por añadidura*", cuando antes se ha "*procurado y logrado el reino de Dios y su justicia*".

XVIII

Notemos que Juan, no menos que Jesús y que otros antes de ellos, fué llamado "*bijo del Espiritu Santo*"; expresión simbólica, a la cual, por darle un sentido grosero, se la convirtió en semillero de controversias y escándalos. Ha sido, quizá, la mayor desventura del cristianismo, haberse de infiltrar en la mente de pueblos groseros, nada sutiles, nada imaginativos, que han materializado y embastecido las ideas y los sentimientos más finos. Así, por ejemplo, ese infierno católico, brutal y grosero hasta el ridículo, malgrado el esfuerzo que Dante hiciera para darle nobleza y belleza; así, el Limbo, donde pobres niños sin culpa se asfixian en la oscuridad y en el silencio; así, la interpretación de hartazgo inmenso que da la Iglesia al símbolo maravilloso de los cinco panes que nutrieron a cinco mil personas; así, la resurrección de Lázaro, engusanado ya, que vuelve a la existencia física, para nada, por mero alarde de un prestidigitador sin igual; así, casi toda la pintura religiosa, desde el Renacimiento acá, donde apenas si se encuentra un cuadro que tenga sentido artístico y sentido común; así, esos crucificados sangrientos, lívidos, repulsivos, llenos de úlceras y de orificios; así, modernamente, la entraña infartada, el Corazón de Jesús, la víscera desprendida del pecho, desgarrada de sus arterias y sus

venas; andrajo de sangre y de humores, que sólo puede mover y conmover a gentes sin ternura, a cerebros burdos, a hombres todo carne y pellejo y sangre, a quienes nada dicen los dolores del alma y las angustias del espíritu.

De esta concepción bastarda y bestial ha resultado el fracaso de la Pintura Cristiana; pues, sin exceptuar a Rafael ni a Velázquez, ni a ningún otro de los grandes pintores, no hay más representaciones bellas y verdaderas de Cristo, que aquellas pocas en que el artista concibió al Hombre Divino *como un hombre que vive y lucha*, o como un niño que juega y sueña: Correggio, Tintoretto, Van Dyck, Ticiano.

Pero los grandes, los verdaderos, los profundos e indecibles dolores de Jesús: la traición de Judas, la negación de Pedro, la hostilidad de sus parientes, la incompreensión de los discípulos; la chicana de los escribas y de los fariseos, que le tienden mañana y tarde la viscosa red de sus argucias; el abandono de sus amigos preferidos, en el momento de la crisis; la acogida arisca y agresiva de sus compañeros de infancia, cuando se les revela como profeta la primera vez; la tremenda herida de aquella escena, cuando su familia le busca como a un loco escapado, en el instante en que él vacía su corazón en el corazón de sus amigos selectos..., eso... todo eso que destroza, tritura, pulveriza y avienta el va-

lor y la confianza de un hombre sensitivo, de un hombre que es todo él espíritu, delicadeza, ternura, finura, dulzura..., eso no lo han comprendido, sino por excepción, los escultores y los pintores; ni menos los forjadores de cuentos estúpidos, como ése de haber recibido cinco mil azotes mientras se le juzgaba.

Y así, en vez de pintarnos un hombre divino, en vez de contarnos los dolores de un hombre divino, hannos referido y pintado y esculpido las torturas de un buey, del pobre animal degollado, quebrantado, desangrado, que sólo sufre casi en la carne. Entre todos fué el más incomprensivo, Rubens, que en sus dos cuadros famosos de la Crucifixión y del Descendimiento, no supo concebir ni pintar sino dos hombrones, gruesos, sanguíneos, osamentosos, patudos y pernudos, con nervios que son cables, manotas de gigante de feria, pecho de boxeador y fisonomía de bestia incomprensiva. En el cuadro del Descendimiento, un perro se ha llegado junto al cuerpo sangrante, y lame la sangre... Unico acierto del pintor; pues, en verdad, aquel perro goloso es el único espectador inteligente; el único que aprecia el suceso en lo que vale: "Se trata, piensa él, de un hombretón crucificado...; no se ve muy claro quién es ni si murió ya enteramente..., pero la sangre corre aquí, y yo tengo hambre..."

XIX

De Juan se dice textualmente, que "*será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre*". En el mismo sentido, sólo que con mayor encarecimiento, dándole su máxima expresión a la idea, se dijo que Jesús *era hijo del Espíritu Santo*. Santo significa *perfecto*.

Y es aquí el momento de esclarecer una confusión muy aceptada, y muy errada, de la cual derivan infinitos daños y errores; y es la que supone que *nosotros somos, en todo, hijos de nuestros padres*; cuando, en realidad, de nuestros padres no recibimos sino la carne, *la primera vestidura* con que aparecemos en el mundo. Pero no les debemos ni el corazón ni el entendimiento, o sea la mente y el alma. Con lo cual, de sobra se *advierte que en lo más y mejor*, no somos hijos de nuestros padres, *sino del espíritu*.

Todos venimos del espíritu: los más, del espíritu mediocre; otros del maligno, y tal cual, del Espíritu Santo. Y aun la carne o forma corporal, que acabamos de suponer obra de nuestros padres, no es suya enteramente —si lo analizamos hasta el fin—, sino de nuestro propio espíritu, del que mora en cada uno de nosotros; el cual, de la sangre de nuestros padres ha formado su vestidura. Así, una oruga teje su capullo en una rama, y coge de ésta la corte-

za. La rama presta la corteza, *pero es la oruga quien la escoge*. Y, ciertamente, no habrán ido los que vienen del Espíritu Santo, a encarnar en mujeres leprosas, ni los que vienen de un espíritu inmundo a encarnar en las entrañas de una criatura santa. Pues aunque el espíritu que va a encarnar quisiera hacerlo así, no lo podría: que no lo consiente la ley cósmica de *engendrar cada uno, sólo aquello que le es semejante*. La ley de toda creación es ésta: *el creador hace a su criatura, a su imagen y semejanza*. Y tiene que ser así, porque nadie da sino lo que tiene.

Por donde vendremos a conocer, al cabo de bien examinarlo, que nuestros padres son, únicamente, *las puertas* por donde entramos en la vida; y luego, si son buenos y amantes, los guías de nuestros años inexpertos.

No comprender esto, nos hace esclavos de nuestros padres, o jueces injustos de los mismos.

Es tu sangre, es mi sangre, son expresiones que se pronuncian con tiránico acento, como sentencias inapelables contra las que vienen a romperse cualesquiera deberes y aspiraciones, por más altos que sean. ¿Por qué no tener el ánimo y la entereza de contestar: "Sí, es mi sangre, pero no es mi espíritu? Sí, llevamos en las venas la misma sangre, pero no pensamos con la misma mente, ni sentimos con la misma alma?"

Y sin embargo, esta es la doctrina recta y sabia, y ya la declaró explícitamente el Maestro cuando, advirtiéndole que ahí le buscaban su madre y sus hermanos (por cierto, para retraerle de su misión y reducirle a la vida pasiva del hogar), en momentos en que él departía con sus discípulos sobre cosas de amor y de justicia, él respondió con áspera intención: "mi madre y mis hermanos son los que me siguen y cumplen mi doctrina".

Así, pues, todos somos hijos del espíritu: unos más pura y bellamente que otros; alguno, como Jesús, en grado excelso, como la rosa más alta del rosal; otros, como Juan, como las rosas que circundan a la primera, algo menos divinamente. Por lo cual, bien se dijo de aquél, "que fué concebido del Espíritu Santo", y del segundo, que fué "colmado del espíritu ya desde el seno de su madre".

*

Colmado del espíritu ya desde el vientre de su madre; descendiente de los fundadores de la nación; anunciados su nacimiento y su carrera por Gabriel, quien le designó como *grande en la presencia del Señor*; sintiéndose en él la mano del Altísimo, según decía el pueblo; calificado por Zacarías, de "*Poderoso Salvador*, suscitado para librarnos de nuestros enemigos"; recibido y acogido así, no hay duda sino

que Juan creciera y se formara en un ambiente de simpatía, de respeto y de sumisión, harto visible para que no advirtiera él, que se le tenía como *el Enviado* en quien se cifraban los sueños y las esperanzas del pueblo.

Fácil es así comprender que se le educara y mantuviera apartado, guardando secreta su misión, "*hasta el día en que debía darse a conocer a Israel*".

Tal vida era, en verdad, demasiado preciosa, para que por indiscreción y alarde fueran a exponerla, a que los enemigos la troncharan, como una flor que se desgaja de la rama antes de abrirse. Aquel *descendiente de David*, era, ni más ni menos, un pretendiente al trono, a la reyecía, a recoger la espada de los Macabeos, a devolver a la nación su independencia, su poderío y su gloria.

Así es que no se dio noticia de su nacimiento sino a los parientes y amigos íntimos, y a algunos otros capaces de guardar sigilosamente el secreto.

Mientras llegaba el día, Juan habitó en los desiertos, ejercitándose, sin duda, en cuantas disciplinas de fuerza y de inteligencia habría menester el guerrero que iba a luchar con los romanos, el príncipe que había de reconstruir el reino.

*

Después... nada: una gran laguna, un silencio y un olvido absolutos, que hacen cavilar sobre si

aquel niño no dejaría fallidas todas las esperanzas que se mecieron en su cuna. Isabel y Zacarías desaparecen, y ya no se les oye nombrar.

El tiempo desfavoreció aquellos sueños, y hasta su recuerdo se hubiera perdido si treinta años más tarde no apareciera, allá por los confines de Judea, en la región desierta que va surcando el Jordán, un áspero asceta que predicaba penitencia, prescribía la repartición de los bienes, y amenazaba con el exterminio a quien no se purificara.

Este duro Profeta no parece corresponder al tipo de Redentor que treinta años atrás fuera anunciado a Zacarías, y esta disparidad entre su vida actual y la que debió llevar el príncipe de la casa de David, alejaría despechados a todos aquellos que esperaban un caudillo y no un santo; un guerrero, y no un anacoreta.

En efecto, este Juan el Bautista no se cuidaba para nada de la nación judía, como entidad política, ni menos de la casa de David. Era él un hombre austero, despreciador de toda riqueza, para quien los sacerdotes y los fariseos eran "*raza de víboras*"; a quien los *descendientes de Abraham* nada le importaban, puesto que "*Dios, si quisiera, suscitaría hijos de Abraham hasta de las mismas piedras*".

Huraño, todo él cabello y vello, semienvuelto en una escueta urdimbre de pelos de camello, desnudos la cabeza, las piernas y los pies; curtido, ceji-

junto y de mirar fulgurante; hablando más con anatemas que con exhortaciones; duro en el acento y brusco en los ademanes, era más bien un león que un hombre, y más que edificar, parecía que ansiara destruir y aniquilar.

Tanto como fascinaba daba miedo, y muchos de entre la multitud que le seguía, no atinaban si sería más peligroso hallarse con él que no en su contra.

Aun ahora, a dos mil años de distancia, si nos lo imaginamos surgiendo bajo el ardiente sol, de una gruta próxima al río silencioso, largos y enmarañados los cabellos, casi desnudo, la piel requemada y curtida, fijo y hosco el mirar, musitando voces oscuras que son más que plegarias maldiciones, pensamos que no hombre ni profeta del Altísimo sería, sino el mismo Simoum, surgiendo de las abrasadas entrañas del Desierto, y agazapado tras del Jordán para distenderse súbitamente sobre las ciudades inicuas, y ahogarlas y calcinarlas con sus arenas vengadoras.

El pueblo, que adivinaba en Juan su propia alma, y como un símbolo de todas sus miserias, venía a él en grandes turbas, a pedirle alivio, doctrina y órdenes.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntábanle.

—Que el que tenga un pan dé la mitad al que no tenga; y quien tuviere dos túnicas, dé una al que carezca de ella.

—Y después?

—Hacer penitencia y purificarse; porque el reino de los cielos está próximo, y no entrarán en él los impuros.

Era, sencillamente, el comunismo. Pero un comunismo sin teorías, sin retóricas, sin doctrinas económicas, sin apelaciones a la ciencia, sin interpretaciones de la historia, ni aglomeraciones de hechos clasificados y comentados.

Era, simplemente, *el derecho a comer, fundado en el título que se llama hambre; el derecho a vestirse, por la buena y total razón de hallarse desnudo.*

Herodes Antipas, que le había mandado a consultar sobre si era legítimo haberse casado con la mujer de su hermano, recibió por toda respuesta estas duras palabras: *eres incestuoso y adúltero.* Y pensando, acaso, el Tetrarca, lo que sería de su mísero reino entre las manos de aquel temible profeta a quien rodeaban millares de adeptos, si se provocaba su enojo, le buscó por amigo y aun simulaba seguir sus consejos.

Los fariseos, los escribas, los príncipes de los sacerdotes, enviaron a sondearle, a ver qué se había de temer de él, y cómo podría derribársele cuando llegara el caso. Iban en son de admiradores que buscan un maestro, y pedían ser instruídos y bautizados.

Juan adivinó su mentira y su miedo, y les trató como a hipócritas:

—Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que se acerca? Tened cuidado, porque la segur está ya puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y echado en el fuego.

—¿Hemos de temer también nosotros, que descendemos de David, de Jacob, de Abraham?

—Moriréis todos, todos, rugía Juan: seréis aniquilados como la paja seca que se echa en el horno. Aunque vengáis de Abraham, seréis exterminados si no os limpiáis de vuestras iniquidades. Y cuando el Señor necesite de un pueblo escogido, hará nacer hijos de Abraham hasta de estas piedras que veis aquí.

Humildes y cohibidos, se acercaron luego publicanos y soldados, pidiendo una palabra que los iluminara.

—¿Qué hemos de hacer nosotros, tan pecadores?

Y Juan, misericordioso, respondía: no pidáis más del tributo que está ordenado; y vosotros, soldados, no calumniéis, ni seáis crueles, y contentaos con vuestra paga.

Ciertamente, la doctrina no era cosa nueva, pues ya Isaías había dicho: "Todo valle será ensalzado; todo monte se allanará, y todo camino que se hallare torcido tendrá que ser enderezado". Y reba-

tiendo a quienes se disculpaban de sus maldades con decir que ayunaban, habíales reprendido así: "El ayuno que el Señor exige es que partáis el pan con el que tenga hambre; que deis un vestido al que vaya desnudo, y que quitéis todos los yugos de aquellos que andan agobiados".

Fueron éstas, doctrinas y aspiraciones de todos los profetas: hombres del pueblo iniciados en la sabiduría, y precursores, todos ellos, de un Reino de Dios que todavía no llega, que tal vez no llegará nunca. Y bajo este aspecto, Juan no era sino el continuador de aquellas enseñanzas de igualdad y de fraternidad, que hoy, como ayer y siempre, mueren devoradas por la cizaña de la hipocresía. Entonces, como antes y ahora, al hambre del hambriento se le engañaba con *derechos*; al frío del desnudo, con *verdades científicas*; al peregrino que no tenía techo, se le ofrecían por abrigo *sistemas económicos*; a toda forma de miseria, el espejismo de un progreso que jamás acaba de cumplirse, y que no apaga la sed ni quita el hambre. Y así como ahora se aturde a los que piden pan, con *libertades* y con estandartes patrióticos, entonces se les aturdió con las *promesas de Jehová*; con la nobleza de ser *hijos de Abraham*; con el recuerdo de David y Salomón, y con el espantajo deslumbrador del Templo, que simbolizaba al pueblo escogido y su alianza con Dios.

Pero ya entonces, como ahora, millares de mise-

rables y oprimidos comenzaban a decirse que el pan y el agua son antes que la patria; que un cobertizo abriga de la lluvia mejor que el atrio de un templo, y que una túnica libra mejor del frío que una sentencia de la Ley y que una verdad de la Ciencia.

A un observador atento y sutil, si auscultara el corazón de aquellas muchedumbres que se apiñaban en torno de Juan, no le fuera difícil percibir a través de todas aquellas discusiones sobre la Ley, sobre Jehová, sobre los Patriarcas y los Profetas, sobre cómo y cuándo llegaría el Mesías, esta irritada y mal reprimida protesta: ¡Queremos comer! ¡Queremos vestirnos! ¡Queremos tener como los pájaros un nido, y como las raposas una cueva! ¡Queremos vivir! ¡Queremos *ya, para hoy, para todos los días, para siempre*, esto que es nuestro, y se nos está robando siempre: ¡el pan!

Y si tal observador ahondara más, advirtiera que aquella protesta era tan universal y palpitante que ya pugnaba por articularse en una forma clara y precisa, y que tal vez, bajo una de aquellas tiendas grises que dormían sobre la arena, algún joven y dulce profeta, meditando en el silencio de la noche cómo pedir al Cielo aquello que era la ardiente necesidad de todos, empezaba a musitar los términos de una plegaria única, en que los tristes, cansados ya de su miseria milenaria, decían al Dueño de todas

las cosas: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy... hoy!*

XX

Sí, Juan era un profeta como los demás, en cuanto que era, como los demás, un soñador, un hombre que había hecho la ofrenda de su vida en aras de la justicia. Como tal, la actitud de sacerdotes y escribas para con él, era sencilla y fácil. Muchas veces ya, surgieron estos visionarios que interpretaban la ley en favor de los oprimidos, y en contra de aquella aristocracia orgullosa y codiciosa, y siempre los sacerdotes y los doctores les habían roto entre sus manos, como se rompe el astil de una flecha, para que no sea disparada.

Con Juan, sería cuestión, simplemente, de resolver si se le mataría a pedradas, o se le aserraría por la mitad del cuerpo, o se le pondría en una cruz, o se le acribillaría a saetazos.

No faltaban antecedentes; y luego, nunca les ha faltado imaginación a los sacerdotes y pontífices, a todos los que usufructúan el servicio del Templo, para discurrir formas de suplicio que desagraven suficientemente al Señor...

Sólo había una dificultad, y es que Juan no era un profeta inerme, protegido sólo por su confianza

en el Altísimo: Juan se hallaba rodeado de una impaciente y creciente multitud, que no esperaba sino una palabra para transformarse en agresiva, y una señal para lanzarse sobre aquellos fariseos hipócritas, sobre aquellos saduceos utilitarios, sobre aquellos escribas charlatanes. Aquellas muchedumbres, que bullían como un enjambre de hormigas guerreras sobre las playas del Jordán, serían entonces la *segur que ya estaba puesta a la raíz del árbol*, según las palabras amenazadoras del Profeta. Y, en verdad, aquellos árboles carcomidos de la mentira y escorificados de formulismo, no hubieran resistido ni el primer golpe de aquella gigantesca segur. Y en aquel horno encendido y atizado con las iras de tantos siglos, con el hambre y el llanto de tantos siglos, habrían ardido como paja seca todas aquellas víboras que andaban por la casa del Señor, revestidas de sacerdotes y de doctores...

¡Ah, Juan! ¿Por qué no dijiste la palabra, ni diste la señal?...

*

¿Qué se proponía el Profeta? ¿Qué uso haría de aquellas muchedumbres irritadas e impacientes, que le miraban a los ojos, como la jauría al cazador, queriendo adivinar sus designios? ¿Iría, repentinamente, a lanzar todos aquellos rencores contra los

que exprimían y oprimían al pueblo, como un guijarro enorme lanzado por un brazo impetuoso? Este Mesías, que por fin había venido a libertar el Reino, ¿no comenzaría, acaso, por raer aquel parasitismo religioso, que tan buena y regalada vida se había forjado a la sombra del Templo y entre los repliegues de la Ley?

Y tocante a los pobres, a los hambrientos, a los desnudos, que se hallaban prestos a proclamarle Rey y a sostenerle con su sangre, ¿iría, por ventura, a lanzarse con ellos a la conquista de la justicia y del pan? ¿Les daría, además de doctrina y promesas, *aquella cosa que desde el principio venían anhelando*, sin que jamás los sacerdotes y los príncipes, los doctores y los ricos les permitieran disfrutarla con abundancia y paz: *el pan, el vestido, el techo, la copa de vino para el cansancio, las horas de ocio para restaurarse, la vida*, en fin, como el Señor la estableciera aún para las bestias y los pájaros?

Para unos y otros era Juan un enigma inquietante, y todos y a todas horas procuraban sondearle y ver qué andaba edificando en los secretos de su alma. De todas partes le venían mensajes: ¿Tú quién eres? ¿Eres tú el que ha de venir? ¿Eres tú el Cristo? ¿En nombre de quién bautizas?

Las cuales preguntas significaban: ¿qué podemos esperar o temer de ti? ¿Qué exiges de nosotros y qué nos darás?

Juan, sincero y humilde, cada vez que se trataba del Mesías contestaba en términos precisos: no soy yo el Cristo, no soy yo el que ha de redimir al pueblo y ha de establecer el reino de Dios. Yo no soy sino uno que viene a preparar sus senderos. El Mesías no os lavará, como yo, con agua, sino con fuego que consumirá toda impureza. El será tan grande, que yo no serviré ni para desatar las correas de sus sandalias. Por eso os digo: haced obras de arrepentimiento, para que os halle apercebidos y limpios; no sea que os deseche como espigas sin grano, y os consuma como paja seca en el horno.

Juan verdaderamente creía, como Jesús, en el próximo advenimiento de un Mesías, grande, justiciero, reparador, que traería la libertad y la paz, que realizaría los sueños de todos los profetas. Y pensando en el Enviado del Señor, en el Cristo, a quien esperaba conocer y servir, su corazón se deleitaba y sus anhelos se colmaban con la idea de que él, por devoto y abnegado y fiel, merecería ser llamado su precursor, y como tal, amado de las gentes. Así la estrella de la mañana es amada, porque nos anuncia con su claridad apacible la promesa cierta de los esplendores del Sol!

Desconcertados con aquella humildad, que contrastaba con el tono acre y el mirar severo del Profeta, los fariseos insistían con inquietud: —Pero, en fin, tú, ¿quién eres?

Y respondía Juan, irónico y ambiguo: Yo soy la voz que clama en el desierto: enderezad los caminos del Señor; porque todo monte (doctores y pontífices) ha de ser allanado, y todo valle (los pobres, los humildes) ha de ser ensalzado. Todo árbol que no dé buenos frutos será echado en el fuego. Guardaos, pues, porque ya la segur está puesta a la raíz del árbol...

XXI

Por las tardes, al caer el Sol, y en las noches claras, iluminadas por la luna y por el enjambre de las estrellas en el cielo límpido, hablaba Juan con palabras apasionantes, sobre el Mesías, que todos esperaban: cómo se haría para establecer y consolidar el Reino; cómo habría que enderezar las sendas del Señor, para que la justicia anduviera por ellas sin estorbos. De pie, sobre algún risco, o sobre una peña que surgía de la corriente, su alta y dura silueta se recortaba en el aire sereno, y sus ademanes poderosos recordaban la vara de Moisés dividiendo las aguas. Los ecos de su voz, sonora como la voz de la tormenta, recordaban los truenos del Sinaí, y hacían pensar en una nueva Ley, más viva y más severa que aquella que se grabara sobre tablas de piedra.

Por la mañana, desde que se oía el canto de las alondras, el Profeta se purificaba sumergiéndose en el Jordán, y luego, catequizaba a los neófitos. Antes que fueran éstos dignos del bautismo, ¡cuántos desmayos y vacilaciones! Cuántas dudas y confusiones en aquellas almas semiarrepentidas, y cuántas sombras que desvanecer en muchas que deseaban la Nueva Era, pero que no comprendían cómo había de ser su advenimiento. La rutina, el miedo, la pereza, el orgullo, la codicia, la estulticia, todas las hidras aullaban a un tiempo, revolviéndose contra el Profeta en aquella lucha cuerpo a cuerpo con las tinieblas. Así, a cada uno a quien iniciaba con el bautismo, Juan sentía como si aquella agua que vertía sobre la cabeza contrita se llevara una costra de impurezas; sus dedos sarmentosos arrancaban errores e iniquidades de aquellas almas orinecidas en el mal, y cuando, ya el Sol en el zenit, Juan, extenuado, se alejaba para reparar sus fuerzas con un sorbo de miel silvestre, el Profeta sentía como si todos aquellos pecados y errores se hubiesen filtrado a través de su cuerpo, y un dejo de laxitud y de tristeza sedimentaba en su alma...

Cada mañana aquel diluvio de pecados caía sobre su cabeza y angustiaba su corazón; cada tarde el Jordán, lento y tétrico, como si enfermara del impuro contacto, arrastraba sobre sus ondas turbias aquel cieno de mentes y de almas, para ir a descargarlas

sobre las aguas oleosas y negras del Mar Muerto, donde el asfalto, pesado y oscuro, se cargaba de miasmas extrañas...

*

Para aquella tarde, Juan tenía una faena acerba: muchas gentes llegaron desde el día anterior, en busca de aliento y de luz, pero también numerosos escribas y fariseos que venían a sondear al Profeta: a ver si era temible; a ver si urgía derribarle, y de qué manera se haría con certeza y sin riesgo. *Raza de víboras...*

La tarde era fresca, y anunciaba un crepúsculo rico de gracia y de color. Ya una nube ancha y densa iba ascendiendo desde el ocaso, y tiñéndose, mientras subía, de un matiz de cobre fundente, que al reflejarse sobre la tierra envolvía todas las cosas en una luz dorada, como de rosas gualdas marchitándose. Los espinos, bañados en aquella cálida luminosidad, parecían astas metálicas, y sus saetas, erizadas en la corteza, eran como dardos de fuego próximos a volar en todas direcciones.

Sobre los riscos, los cardos azules se transformaban lentamente en grandes y trémulas violetas, y los escuetos cactus, de verde indeciso, enternecían su pétrea corteza con un verde claro y apacible, como el de los tallos de un platanal en la hora del alba.

Del otro lado del Jordán llegaban, hondos y quejumbrosos, los gemidos de las palomas silvestres, y el murmurio del agua desmayándose de piedra en piedra, musitaba una plegaria que era más de suspiros que de palabras.

De pie, sobre una peña que surgía de un cinturón de espumas, a breves pasos de la orilla, Juan hablaba del Reino, ya inminente.

—¿Qué pensáis que ha de pedir os el Mesías? ¿Sacrificios de animales? ¿Guardar al Sábado estrechamente, y ayunos rigurosos como está mandado en la Ley? No, las cosas literarias de la Ley vosotros las cumplís de sobra, y las cumplís sin dejar de prevaricar y sin dejar de ser codiciosos y soberbios. Vosotros, sobre todo, Doctores de la Ley, sois maestros en ayunos y sacrificios y en orar públicamente, y así también sois maestros en despojos y en iniquidades. De cierto, no os valdrán ahora vuestras fórmulas y abluciones. Si entráis en el Reino, será por la puerta de la misericordia y de la suavidad de corazón. Oídlo, y retenedlo bien: no hay más que esta senda para entrar en el Reino: dar la mitad de vuestro pan a quien no tuviere ninguno, y si tenéis dos túnicas, dar una a quien se halle desnudo.

Después, fué glosando con patéticos términos las invectivas de Isaías:

“El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre

de un señor"; sólo vosotros no conocéis el bien, y carecéis de entendimiento.

¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos! De nada servirá castigaros una vez más, porque una vez más os rebelaréis. Por eso es que en Judá toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay nada ileso en este pueblo; todo él es heridas, hinchazón y podridas llagas!

¿Qué me importa a mí, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros y del humo de animales grasos, y ansioso de compasión y de misericordia.

¡No quiero más sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos! ¿Quién demandó eso de vuestras manos, cuando vinisteis a hollar mis atrios? No puedo sufrir más vuestros vanos presentes: ya vuestros perfumes me son abominables; ya no puedo sufrir vuestras solemnidades y ceremonias ni vuestras oraciones sin término. ¿Para qué alzáis vuestras manos a mí, si están manchadas de sangre?

Id, lavad la iniquidad de vuestras obras; restituid al despojado; haced justicia al huérfano; amparad a la viuda. Pero ¿qué habéis de hacer, si vuestros príncipes y vuestros jueces son prevaricadores y compañeros de ladrones? Todos aman las dádivas y corren tras de las recompensas; no tienen oídos

para el huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda...

Pero ya la segur está puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no tenga buen fruto será arrojado al fuego. Y entonces, ¡ay de vosotros, generación de víboras! Los menos castigados quedaréis como el olmo cuando se le caen las hojas, o como un huerto si le faltan las aguas...

Por eso os digo: si no queréis ser raídos como la podre que se rae de la llaga, enderezad los caminos del Señor; bajaos de vuestra soberbia, y ensalzaad a los que yacen abajo, asentados en sombra de muerte. Partid el pan con los hambrientos y el vestido con los desnudos; abrid vuestra puerta al peregrino, y perdonad su deuda al desvalido.

Porque el Reino se acerca. Porque el Mesías viene ya con pasos presurosos a tomar posesión de su reino... Ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias... Viene como nube cargada de rayos y de tinieblas, para los prevaricadores y para los que amontonan riquezas; y como estrella del amanecer, para los que caminan limpios y humildes por sus caminos. A éstos ha de glorificar, apartándoles a su lado, como el trigo que se halló bueno en la era. A los otros, espigas vanas o cizañas devoradoras, consumirá con fuego que nunca ha de extinguirse.

Oíd y atended! Porque ¡ay de aquellos que cie-

rren sus oídos a esta voz que clama en el desierto! . . . el Mesías viene ya . . . el reino de Dios está próximo! . . .

*

Calló Juan. Estremecimientos de inquietud sacudían el corazón de las turbas, y, sin pensarlo, muchos volvían la cabeza, inquiriendo en el horizonte a ver si apareciera el Mesías, y otros aguzaban el oído a ver si distinguían lejanamente el eco de sus pasos . . .

Pero todo estaba solitario y callado. Un silencio apacible descendía de las alturas, apenas subrayado por el gemido de las torcaces invisibles. El río encrespaba sus espumas, como si él también se aperciñera a ir al encuentro del Mesías. En lo alto, la nube de cobre fundente se había cambiado en un desmadejamiento de plata, y los cardos, los espinos y las arenas se volvían relucientes y claros, como si todos entraran en una nueva aurora, pasando suavemente de las tristezas de la tarde a las claridades y ternuras del amanecer.

Diríase, en verdad, que una nueva vida comenzaba, y que el Mesías entraba ya en su reino . . .

*

Juan, hirsuto, ceñudo, bajó del pedrón desde el cual había proferido sus amenazas; atravesó la franja

hervorosa de las aguas, y fué, lento y grave, a través de las turbas, que se abrían temerosamente a su paso como se abren las espigas al impulso del viento... Juan se alejaba.

Ya cerca de su tienda, una voz le hizo detenerse.

—Rabí?

Se volvió. Alguien le seguía. Era un joven alto, erguido, sereno, de ojos profundos y de sonrisa melancólica. Una barba sedosa ovalaba su rostro, y una aureola de cabellos finos y ondeantes caía sobre sus hombros amplios.

La mirada serena del joven y la mirada tormentosa de Juan se encontraron... Juan se estremeció... Todas las intuiciones de su ser, concentradas como por una lente, se enfocaron en sus ojos para escrutar al desconocido, y en el fondo de su corazón oyó resonar una voz que parecía el eco de sus propias palabras: "el Mesías ya viene... ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias..."

Pensativo, y como azorado, permaneció unos instantes contemplando al desconocido... Luego, sin preguntarle nada, alzó la diestra, trazó en el aire un signo misterioso, y dijo conmovido: —Venid Rabí.

Los dos maestros entraron en la tienda.

*

En la túnica blanca de Jesús, conoció Juan que era aquél un *asesino*. Su porte señorial y su inteligen-

te fisonomía, le dijeron que era uno de los principales de la orden; el signo que trazó en el aire, y al cual respondió Jesús, le hicieron saber que era un *iniciado*, un hermano. Y para honrarle, y porque le impulsó una gran simpatía, le saludó con el nombre de *Rabí*, maestro.

Juan era también un *iniciado*. Es decir, que uno y otro, aunque en grados diversos, conocían la Gnosis, aprendida por Moisés en Egipto, transmitida secretamente de uno a otro de los grandes Profetas, y en la cual se encuentran las ideas motoras y matrices que han servido de bases y de orientación a todas las grandes religiones. Esta doctrina, desfigurada unas veces, otras fragmentada, otras mezclada con diversas supersticiones, otras adulterada en mil maneras por la ignorancia, la fantasía, el orgullo o el interés, ha corrido siempre por el mundo, de nación en nación, bajo diversos nombres, y ocultando sus principios fundamentales bajo mitos y símbolos más o menos oscuros. El cambio operado en ella por el genio de cada lengua, de cada pueblo, de cada maestro, ha llegado, a veces, a introducir en su enseñanza grandes confusiones y oscuridades; en fin —cosa perfectamente humana e inevitable—, el apego a las fórmulas, que degenera siempre en idolatría, ha hecho que se pierda el sentido verdadero y espiritual de aquellos símbolos; que subsistan éstos como si fueran en sí mismos realidades, y que por

esta perniciosa substitución las religiones se vuelvan incomprensibles, llenas de dogmas absurdos y de preceptos extravagantes; hipócritas o venales; plagadas, en fin, de todas las impurezas y errores que surgen y predominan cuando "*la letra mata al espíritu*", cuando el cuerpo destierra y sustituye al alma.

La Gnosis, que es a un tiempo ciencia y religión, ley moral y ley física, síntesis que explica cuanto es capaz el hombre de comprender sobre el origen y la vida del Universo, se halla esparcida y fragmentada en el Espiritismo, en la Teosofía, en la Alquimia, en la Astrología, en la Masonería, en las Visiones de Swedemborg, en la Kabala, en las religiones de Moisés y de Mahoma, en la Católica, en Pitágoras, en Platón, en Plotino. Pero la total y pura inteligencia de aquélla, sólo fué alcanzada de muy pocos hombres en el mundo; los cuales siempre la mantuvieron secreta, no sólo porque exige, para entenderse bien, una gran disciplina mental, sino porque, siendo ocasionada a torpes interpretaciones, *no deben penetrarla sino aquellos hombres ejercitados en una severa disciplina moral.*

Grandes iniciados en la Gnosis fueron Krishna, Zoroastro, Manú, Hermes, Orfeo, Pitágoras, Moisés, Daniel, Ezequiel, Isaías, San Pablo, Juan el Bautista, Lao-Tse, Juan Evangelista, Platón, Sócrates y Plotino, y en grado menor, Goethe, Paracelso, algunos Padres de la Iglesia, El Dante y Leonardo de Vinci.

Pero los mayores entre todos fueron Pitágoras, Budha y Jesús. Singularmente Budha y Jesús, a quienes se les llama por eso, Redentores.

*

Juan el Bautista, enseñaba y bautizaba. Aquellos en quienes la palabra y el ejemplo del Profeta suscitaban arrepentimiento y anhelos de una vida pura, recibían, mediante una suficiente comprensión de la doctrina pública de Juan, y mediante ayunos y abstinencias, *el bautizo con agua*, que era el *primer grado de la iniciación*.

Estos neófitos vivían en mayor contacto con el Profeta, y se ejercitaban en la conducta y el saber necesarios para alcanzar el segundo grado, cuyo símbolo era *la comunión con pan*. Aquellos que pasaran esta segunda iniciación, una vez que fueran bien acrisolados e iluminados, serían *bautizados con fuego*, es decir, que se les abrirían todas las puertas de la Sabiduría; que serían no sólo purificados, sino esclarecidos y como encendidos en la nueva Fe, que era vivir en comunicación con el Espíritu Santo. Este último grado tenía por símbolo *la comunión con pan y vino*, emblemas del alma y del Espíritu, de la sabiduría y de la virtud.

Hablando de este espíritu de sabiduría y de amor que poseía a los *elegidos*, decía Juan en sus

amonestaciones públicas: "yo os bautizo con agua para lavaros del orgullo, del egoísmo y de la concupiscencia. Pero detrás de mí vendrá Uno, de quien yo no soy digno para desatar la correa de su zapato. El os bautizará con fuego y con espíritu".

La fervorosa y visionaria imaginación del Profeta asociaba placenteramente aquel espíritu, a un hombre colmado de fuerza, de gracia, de inteligencia y de virtud; a un Mesías que surgiera de su escuela, y del cual, él, Juan, sería llamado el Precursor. Y esta era la única gloria que para sí deseaba en lo íntimo de su corazón. Cuando este discípulo amado surgiera, y él le enseñara todo lo que sabía, y le acrisolara en la conducta y en la misericordia; cuando este Mesías, lleno de saber y de unción, de elocuencia y de simpatía se fuera de su lado, como el aguilucho que se aparta del águila para vivir y triunfar con sólo sus alas, entonces él, profeta rudo, de continente áspero y de lenguaje acre; él, que más bien era un volcán que un hombre, habría encontrado *su propia voz*: la voz que haría vivir y triunfar los anhelos de su impetuoso corazón. *Entonces, su gozo quedaría colmado*, y aquella su voz, *que clamaba ahora en el desierto*, se convertiría en el canto de los serafines que abren las puertas del Reino de los Cielos. . .

¿Cuándo aparecería aquel *hijo amado*, en quien él pondría todas sus complacencias? Juan esperaba.

Siendo joven, pues no contaba todavía más de treinta y cinco años, tiempo habría de que su discípulo ideal apareciera, y él le tallara como a un diamante único.

Entre tanto, y por amor a este hijo de su espíritu, él le *enderezaba los caminos y le allanaba los senderos*, preparándole una gran multitud heroica y obediente, con la cual el Mesías, *su Mesías*, realizaría la justicia en aquel reino que iba a nacer.

En tal expectación se hallaba Juan, cuando se presentó Jesús.

JUAN Y JESUS

XXII

JUAN y Jesús convivieron algunos meses, siendo en ese tiempo cada uno maestro del otro, hasta que la comunión completa del corazón y de la mente se hubo realizado entre ellos. La convicción firme de Jesús, después de aquella experiencia de vida íntima, fué que Juan no era el Mesías, aunque sí un gran profeta, *más que profeta*, según más tarde solía decir: "el mayor entre los nacidos de mujer". Juan, noble, esforzado, generoso, iluminado, valeroso, carecía de *suavidad, de gracia*; cualidades necesarias al Mesías, según Jesús se lo imaginaba, y a la obra que había de cumplir.

Juan, por su parte, seducido por la gracia de Jesús, hallóle incomparable, llamado a los destinos más altos, *si él quisiera*. . . Como una madre con su primogénito, así Juan atribuía a Jesús todas las per-

fecciones. Sólo una cosa le faltaba para ser el Mesías, y *era la fuerza*. ¿Cómo aquel joven tan suave, tan dulce, que sólo hablaba de perdón, de ser todos hermanos, de no resistir al mal... , cómo un hombre así, podría ser el caudillo del pueblo que iba a luchar por su independencia?

Pues en la mente de Juan, el Mesías no sólo había de ser asceta severo e igualitario, como era él mismo, sino capaz de extirpar a sangre y fuego el mal, como fuera Moisés; gran rey, como fuera David; caudillo heroico y avisado, cual Judas Macabeo; en fin, hermano compasivo y amoroso, como fuera en Egipto Josué, como lo necesitaban las turbas de hambrientos y desnudos, oprimidos y desamparados.

No, Jesús no era hombre para justicias terribles, ni para implacables limpiezas. No querría verter sangre, sino la propia suya, en el evento, y antes que para encender la guerra, era, más bien, apto para fundar la misericordia y la paz.

No era Jesús el Mesías...

Y sin embargo... ¿no había Juan leído tantas cosas en aquella mente? ¿No había encontrado tantas virtudes y audacias en aquel corazón? ¿No sería Jesús como una de esas flores que ya parecen del todo desplegadas, y a la mañana siguiente se las ve que todavía crecen y se exfolian? En aquel espíritu, ya tan rico y lleno de promesas, en aquel tem-

peramento tan flexible, ¿no iría a brotar, de un instante a otro, la voluntad rectilínea que, una vez orientada, se encamina a su objeto sin que la desvíen ni lágrimas ni sangre, ni afectos ni odios, ni tradiciones ni creencias?

Así, Juan, dudoso, concluía siempre en un ¿quién sabe? . . . favorable a sus sueños, y mientras llegaba la resolución de aquel *tal vez*, amaba a Jesús; le amaba y comprendía cada día más, y era su deleite enseñarle cuanto él aprendiera, y mayor deleite aun que instruir a Jesús, era para él ser instruido por éste. Tal un padre que adora a su hijo, siente la más grande ventura si por acaso el niño advierte y enuncia una verdad que el padre no sabía.

Las tardes, cuando Juan, hastiado de batallar con los instintos malos, con los vicios y los errores, salía del Jordán con el alma oprimida, si por acaso Jesús le salía al encuentro, sentía disiparse la niebla de su angustia; un efluvio de gracia y de serenidad se le infundía en el ánimo, y calmándose al punto, y regocijándose, decía: "*He aquí el cordero de Dios que me libra de los pecados del mundo; éste quita mi yugo y aligera mi corazón*". Y las noches, bajo el fulgor de las constelaciones, o al resplandor suave de la luna, sentados juntos sobre un risco donde apenas se oía el siseo de las aguas del Jordán, oyendo a Jesús que contaba de sus viajes, de las doctrinas de los esenios, de los misterios aprendidos en

Egipto, de cómo entendía él a los Profetas, Juan se dejaba mecer por la dulzura de aquella voz, arrobar por el encanto de aquella fluidez, y se decía que de alma tan grande y tan límpida, había que esperar todos los prodigios.

Y así vivían y se amaban, en un santo amor de padre e hijo, en una generosa amistad de amigos que sueñan con el mismo ideal, Juan y Jesús. Como se amarían y vivirían juntos un roble y una rosa; como se amarían un león y una alondra...

*

¿De qué hablaron, qué misterios profundizaron y qué confidencias se hicieron en aquellos días venturosos?

De aquellas gozosas confidencias resultó que Jesús poseía virtudes que Juan no poseía, como la virtud de los milagros y el dón de curar. Y también que en muchas cosas no se hallaban de acuerdo, más bien a causa de su temperamento que no por diferencias mentales.

Juan confirmó a Jesús en la profunda virtud depurativa del ayuno; en el poder fortaleciente y serenizador de las aguas que corren libres bajo el sol, infiltrándose de la savia del suelo y de las esencias del aire; le explicó la necesidad moral en que él se hallaba, de vivir de miel y de langostas, *para*

ser verdadero; pues fuera mentira vivir sin privaciones, predicando abstinencias en medio de las muchedumbres indigentes.

Jesús expuso y detalló la doctrina de la *renunciación*, aprendida en sus viajes, hablando con discípulos de Budha, el Rabí de la India; habló de Platón, que había enseñado la doctrina del Verbo, y de la posible manifestación del Cristo que vive latente en cada hombre. Los dos advirtieron una noche, tras de silenciosa y dilatada meditación, que esta doctrina del Cristo realizado, era la misma que Daniel, siglos antes, simbolizó con las palabras de EL HIJO DEL HOMBRE, y en la cual se encontraba no sólo la promesa de los futuros Mesías espirituales, sino también la de una Humanidad santificada, en la cual habría de realizarse la visión de Isaías: *cuando los hombres harían de sus espadas rejas de arado, y de las lanzas, hoces para segar las mieses...*

Embebidos en estos pensamientos, pasaban las horas sin sentir las, fuera del presente, viviendo en un mundo glorificado, en que la luz advenía de todas partes y en el cual no había sombra; y a causa de la sugestión profunda de la soledad, del silencio, de la noche azul y constelada, su pensamiento se convertía en revelación, el porvenir se actualizaba, y toda visión se les cristalizaba en un hoy, sin mañana ni ayer...

*

Hablando una vez más de las justicias que precederían al Reino de Dios, una noche clara y silente, Juan, arrebatado, prorrumpió, repitiendo a Ezequiel.

—Jehoshua, he aquí el día; he aquí que viene; ha florecido la vara, ha reverdecido la soberbia. La violencia se ha levantado en vara de impiedad... Pero ninguno quedará de ellos —ni de su multitud— ni uno de los suyos... Ni habrá quien por ellos se lamente siquiera...

Jesús, alzando los ojos, respondió, lento y suave, con las palabras de Isaías.

—Rabí, en verdad te digo que cuando venga el HIJO DEL HOMBRE, habitará el lobo con el cordero, y el tigre se acostará con el cabrito, y el león y el buey doméstico andarán juntos, y un niño les llevará a pacer. Entonces la vaca y la osa andarán juntas, y juntas andarán sus crías, y el recién destetado, extenderá sus manos dentro de la caverna del basilisco. Porque la Tierra estará ya entonces *llena del conocimiento de Jehová, así como la Mar rebosa ahora colmada de sus aguas...*

Por encima de los dos profetas, tras de la piedra en que se reclinaban, surgió una voz, pausada e incisiva:

—Sí, Jehoshua; sí, Rabí. Pero antes de que se realicen esos sueños, Herodes Antipas cortará la cabeza de Juan...

Porque Juan no quiere comprender...

Y entonces, el pueblo seguirá oprimido y hambriento...

Porque sólo habrá tenido un profeta, cuando lo que necesitaba era un rey...

HILLEL

XXIII

EL intruso era un hombre de estatura mediana, cenceño, gallardo y mesurado; la nariz tenía grande y curva, los labios irónicos, los ojos pequeños, verdes y fosforescentes, los cabellos suaves y castaños, el color moreno y terso el cutis. Su voz era aguda, cortante y sibilada, y todos sus ademanes como de hombre de fina sangre y de fino vivir. Su frente, atrevida y recta, y sus sienes hundidas, revelaban agudeza y netitud, y los pliegues desdeñosos de su boca, valor contenido y resolución.

Hillel andaba por los treinta y dos años; era discípulo de Juan, y uno de sus adeptos más seguros y decididos.

Abstraídos los dos maestros en sus visiones, no le sintieron llegar, y así pudo oír su conversación, que finalizó él, con aquel augurio amenazador:

—Hillel, respondió Juan, ven y declara tus palabras. —Hablas de mi muerte; ¿acaso no sé yo que los profetas mueren de muerte violenta?

—Sí, Rabí, lo sabes, no te cuidas de ello, y ahí está el mal. Te imaginas que todo se ha dicho cuando uno dice: no le temo a la muerte. Para un soldado como yo, estaría bien eso, pues el valor es nuestra mejor virtud. Pero tú, Rabí; tú, en quien tantos confían y esperan; tú, que podías libertar a este pueblo. . . ; tú, en quien las gentes ven al Mesías. . . tú no debes creer que cumples con sólo disponerte a morir. Morir, hacerse degollar o lapidar, está al alcance de cualquiera. . . , hasta de los bueyes y de los carneros; pero reconstituir un reino, y fortalecerlo para que un día sea poderoso y grande; eso, Rabí, no requiere un cordero sino *un hombre*. Rabí, necesitamos un Moisés, un Judas Macabeo. Con que tu cabeza rueda por el suelo, el pueblo judío no recobrará ni la independencia ni el poder.

Habló Juan: —Hillel, tú me has oído decir muchas veces, que yo no soy el Mesías; en alta voz lo he dicho; yo no soy sino la voz que allana sus caminos y endereza sus senderos.

—Sí, Maestro, todos lo hemos oído, pero ninguno lo creyó; porque no *queremos creerlo*. Sabemos que eres sincero, y que tú mismo esperas a otro. ¿Pero dónde está? ¿Y quién pondrá su esperanza en una promesa, si tiene a la mano una realidad?

No te hemos creído, porque no queremos abandonar nuestro sueño, próximo a realizarse. Mira, Rabí; mira tú, Jehoshua: enderezaos y mirad esos campamentos: ved cómo toda la orilla del Jordán hormiguea de tiendas. Son millares; no ya centenares, sino millares de hombres, de discípulos tuyos, Maestro; de adeptos, de fieles, que sólo esperan tu señal para levantarse y hacer de ti un rey.

”A una señal tuya, esas tiendas rebosarán de soldados; no sólo de judíos —que éstos vendrán todos a tu voz—, sino de idumeos, egipcios y árabes. Ved allá lejos más allá del río, aquellas caravanas: son árabes, que se han quedado ahí para oírte, y una vez que te oyeran, para seguirte. Rabí, desde los tiempos de Moisés, ningún hombre contó en Israel con mayor número de corazones y de espadas. Vas ahora a defraudar nuestras esperanzas, y a despedirnos sin otra consigna que la de seguir ayunando y lavándonos en el Jordán? En verdad, te digo, Rabí, que ya hemos ayunado bastante, y que ya estamos cansados de lavarnos. Ahora queremos otra cosa: *queremos un rey*, un profeta-rey, que nos una y nos reconstituya; que nos libre de la podrida aristocracia sacerdotal; que resucite el espíritu de la Ley; que arroje del Templo a los mercaderes, y que realce y glorifique el trono de David. Todos creímos que tú serías nuestro Mesías, nuestro Libertador. Todos lo creemos aún, y lo anhelamos! . . .

Intervino Jehoshua:

—Hillel, tú hablas de que habéis ayunado bastante, y de que os habéis lavado muchas veces. ¿Crees que esos ayunos y esas abluciones hayan purificado al pueblo? Porque nosotros profesamos que nada alto se puede alcanzar si el alma no se limpia; y que si buscamos antes el reino de Dios y su justicia, lo demás se nos dará por añadidura; pero si no lo buscamos antes, nada se nos dará; antes bien, lo poco que tenemos nos será quitado. Así es que no podría este pueblo ser libre ni feliz, si antes no limpiara su alma.

—Jehoshua dice verdad, asintió Juan: todo mal viene del pecado; el dolor viene del pecado; la enfermedad y la locura vienen del pecado; el cautiverio en Babilonia, nuestros reyes malvados y tiranos, la opresión de Roma, han venido del pecado, y la desnudez, la humillación y el hambre que padecemos, del pecado vinieron. Nosotros tenemos esta doctrina de Moisés, de los patriarcas, de todos los profetas: *que ningún mal puede afligir al hombre, si éste no se lo atrae con sus culpas*. Así que, antes de hablar de guerra, Hillel, debes hablar de si el pueblo ha hecho penitencia, y si se halla arrepentido y limpio.

—Perdóname, Rabí, y tú también Jehoshua: pero ¿cómo pensáis que un hombre admita vuestra doctrina, así tan absoluta? ¿Ha de esperar un pueblo a

que todos sus hijos sean perfectos, antes de luchar por su libertad? ¿Y he de creer yo que los niños de teta que mueren de frío en nuestras aldeas, han merecido eso por sus culpas? ¿Acaso tienen culpas?

Y entre tanto Roma, impura, rapaz, lasciva y cruel, es libre, sin embargo, y tiene en sus manos el cetro del mundo. Os digo, en verdad, que no comprendo vuestra doctrina.

Jesús iba a explicar, pero Juan llevó un dedo a sus labios, indicando silencio, y luego dijo:

—En verdad, Hillel, nuestra doctrina es difícil de comprender, y sin embargo es cierta. Sólo que aún no se te puede revelar. Cuando avances en la iniciación, lo sabrás.

—Entre tanto, Rabí, Herodes Antipas, en la primera orgía que tenga, y cuando el pueblo ande ocupado en sus afanes, te pondrá en la cárcel y destruirá tu obra. Y a ti, Jehoshua, mi tío el Pontífice, que tiene el alma tan dura y tan seca como este guijarro, te envolverá en sus redes como una araña a una mosca. Bien: si en aquella hora deseáis la compañía de un amigo que muera a vuestro lado, llamadme. Yo también sé morir, y al cabo, será lo mejor que pueda hacerse en un mundo en que no hay más que el César podrido, sus esbirros abyectos y sus esclavos temblorosos de miedo. Llamadme, os digo, que, en verdad, me será grato morir con vosotros. Sin embargo, habría preferido otra clase de muerte...

Con esto Hillel, arrebujiándose en su manto, descendió con indeciso andar hacia la ribera, donde las tiendas comenzaban a sonrosarse, tocadas apenas por los primeros rayos de la aurora. Juan le vió alejarse, y se sintió acongojado, como si ya se alejara de él para siempre.

Jesús, melancólico un instante, recobró su placidez, diciendo: Hillel es ardiente como el viento del desierto, y sus palabras son como carbones encendidos; su mirada fascina como la mirada de la serpiente, y su voz conmueve como el murmullo de las olas. Es un seductor, y muchas veces, cuando me habla, le digo que él es Satán, que viene para tentarme. El sonrío, y en su sonrisa se transparenta su alma, que es clara como el rocío y altiva como el tronco de la palmera. Le amas, tú, Rabí?

—Le amo, sí, y ahora más que nunca, porque preciento que no le veré más.

—Disipa tu tristeza, Rabí: le verás, y regocijará tu alma con su voz. Mira, hoy es día de buen augurio; no te señalo las águilas ni los cuervos, con los que auguran los romanos, sino la aurora, que asoma allá tras la montaña. Mira cómo esclarece las cumbres y cómo esparce rosas sobre los valles. ¿No dirías Maestro, que es el anuncio del Reino que se acerca? ¿No es así cómo te imaginas la nueva vida, cuando hayamos nacido de nuevo, del agua y del es-

píritu, y haya en nuestras almas tanta claridad como en las cimas de esos montes?

La voz dulce y unciosa de Jesús, hizo, como siempre, su efecto en el ánimo sombrío de Juan. Su frente, cargada de sombras, fué poco a poco serenándose, hasta ser como una de aquellas cimas bañadas de luz y de esperanza. Sus manos se elevaron en acción de gracias, y luego descendieron a posarse en los cabellos ondeantes de Jesús, nimbados por el oro que ya bajaba de los montes; y con una voz alta y resonante, que se oyó hasta el Jordán, y que se diría venida de las nubes, exclamó el Rabí, rebotante de emoción y ternura: ¡Este es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias!

EL BAUTIZO

XXIV

TODAVIA estuvieron juntos algunos días Juan y Jesús, y cada vez se hicieron más íntimos, y compenetrados del mismo ideal, y apercebidos para el mismo designio. En aquellos días hablaron del suceso inminente, del aparecimiento del Mesías.

—¿Serías tú, por ventura? —preguntaba Jesús a Juan.

No: Juan estaba cierto de su misión de precursor, y no pensaba nunca en una misión tan alta y excesiva como la del Mesías.

—¿Serías tú, Jehoshua? . . .

Jesús callaba, todavía incierto sobre lo que podría surgir de su alma.

¿Quién podría ser? . . .

Se convino en que los dos enseñarían "allanando los caminos del Señor, y enderezando sus sendas";

el primero de ellos que descubriera al Mesías lo avisaría al otro, y los dos acudirían entonces, a trabajar con El, a desatarle siquiera las correas de sus sandalias.

Luego, hablaron de Roma. Vasta, gris, sofocante como una nube rastrera y densa, Roma se abatía sobre el mundo. Ya no había reyes, ya no había pueblos, ya no había almas; ya no había sino el César, el Orgullo hecho hombre, empinado sobre un hacinamiento de sombras y de esclavos.

César era rey, era pontífice, era sabio, y artista, y legislador; era el Estado, era la religión, era dios. Bajo de él, los pueblos, lívidos, suplicaban la gracia de morir para distraerle, y él les otorgaba la merced de que murieran ante sus ojos, sin quejas ni ademanes, en una actitud reverente y solemne.

—No queda ya, decía Juan, sobre la tierra, más que este rincón de Palestina donde todavía se cree en la justicia y se espera a su Enviado. Fuera de aquí, no hay sino la muerte y el silencio. Pero yo conozco a este pueblo, tan veleidoso, tan inclinado siempre a los ídolos. Unos años más de esta opresión, y creerán en César y le adorarán. ¿No adoraron ya a Molock y a Baal? ¿Y qué son Baal y Molock al lado de César? Adónde se irá que la sombra de César no llegue, ni hiera su espada, ni envenene su aliento? Si el Mesías no viene luego,

el alma de este pueblo morirá también, y Satán será dios. . .

—Entonces, Rabí, habrá que fundar un reino secreto e inaccesible, donde el alma pueda refugiarse mientras pasa el reinado de César.

—¿Y dónde? —preguntó Juan.

—En el corazón de cada hombre, Rabí. Dividiremos la vida en dos regiones, y le dejaremos una a César, la del cuerpo, la de la Apariencia; y la otra, la de Dios, la del alma, servirá de refugio a la verdad y al amor.

Y un día vendrá en que perezca César y hasta su nombre, y entonces haremos uno solo de los dos reinos. . . , el reino del Padre. . .

Juan, deslumbrado, asentía, sin comprender aún claramente cómo había de operarse aquella transformación salvadora.

*

Uno de aquellos últimos días, Jesús expuso a Juan la doctrina de la unión con el Padre, de la senda que conduce a la unificación. Y entonces, no teniendo ya Juan ni Jesús nada que revelarse, éste pidió ser bautizado.

—Yo a ti! —exclamó Juan, sorprendido—. ¿Acaso no eres tú quien me ha traído luz? ¿No eres tú aquí el verdadero maestro?

—Rabí, deja que se cumpla toda justicia: es justo que yo reciba el bautismo de ti, pues me has enseñado muchas cosas, y una, la más grande, cómo se realiza con vida visible y tangible nuestra vida interior. Tú has sido para mí la demostración de la Palabra hecha carne; del Verbo hecho hombre. Dame, pues, tu bautizo, para que vaya a mi obra con autoridad y confianza.

*

Juan, para dar al bautismo de Jesús una significación especial, *Nacimiento del Agua y del Espíritu*, quiso hacerlo en lugar distante de las tiendas, arriba de los campamentos, con el agua intocada de un manantial que de una roca brotaba sobre el río.

Al despertar el alba, los dos se encaminaron allá. Juan iba provisto de una amplia concha marina, que por vez primera iba a servirle. Jesús llevaba, envueltos en hojas de palmera, dátiles frescos y una ánfora leve de vino de Engadí.

Llegados, Jesús entró en el agua, casi tocando el manantial. Juan le siguió. Oraron callada y profundamente los dos. . . , y en el instante en que la cima de los montes lejanos se doraba de sol naciente, Juan llenó la concha, de agua virgen y diáfana.

La luz fué descendiendo a despertar las nubes que dormían sobre las pendientes de los montes;

luego bajó hasta las colinas, en rayos largos y trémulos, como si fueran las antenas de una araña de oro; luego, alargándose más y más, y tiñendo de rocicler las rocas y la copa de los árboles, fué tanteando, atinando, hasta que descubrió la cabeza del Nazareno, humilde bajo la mano del Rabí. Entonces, alto ya el sol, el ancho haz de sus rayos circundó la cabellera de Jesús, y en aquel instante Juan, conmovido y trémulo, vertió lentamente el agua de la concha, y a un tiempo una lluvia de agua y una lluvia de luz envolvieron el cuerpo de Jehoshua..., dando así testimonio de que el Hijo del Hombre acababa de nacer del Agua y del Espíritu.

Y sucedió entonces una cosa extraña: que al manantial que allí fluía, venían, las mañanas, para abrevarse, una banda de palomas silvestres; y aquella mañana, no hallando el sitio libre como solía estarlo, anduvieron inquietas, revoloteando, inciertas sobre esperar que el manantial quedara solitario, o partir en busca de otra fuente. Y sucedió que en el instante en que Juan vertía lentamente el agua sobre la cabeza de Jesús, aquélla, diseminada por la brisa, formó lluvia, en la cual viniendo a quebrarse los rayos del sol, formaron en torno a la cabeza de Jesús un halo luminoso, como si le ciñeran la frente con un arco-iris. Y una de aquellas palomas, que iba y venía, viendo aquella guirnalda que flotaba en el aire, y atraída del maravilloso espectáculo, descen-

dió para verle mejor, y vino casi a detenerse sobre la cabeza de Jesús. . . , y ascendió de nuevo, bañada ella también de aquella claridad misteriosa. . .

Juan, sobrecogido, inclinó la cabeza, adorando; Jesús, extático, vio en aquel prodigio una señal del Espíritu, que bajaba para inaugurar su misión.

*

Después, Juan y Jesús salieron, reverentes, a tomar su refrigerio de la mañana, a la sombra de un datilero.

—Ahora, Rabí, dijo Jesús, beberás vino la primera vez en tu vida, porque vamos los dos a comulgar antes de separarnos. Estos dátiles servirán de pan, el cual dividiremos a usanza de Egipto, para significar la iniciación menor que es la de la vida del alma. Y este vino nuevo, que viene de las viñas de Engadí, lo beberemos sorbo a sorbo, en la concha con que me has bautizado, para simbolizar que nos anima el mismo espíritu, y que los dos nos ofrendamos en cuerpo y alma al establecimiento de la nueva vida, del Reino que se acerca.

Rabí, esta comunión total con pan y vino, dio Jetro, el sacerdote de Madián, a Moisés, cuando éste se aprestaba a redimirnos del yugo de Faraón. Que Jehová de los Ejércitos, que de hoy más será llamado Nuestro Padre, bendiga esta otra comunión con que

nos aprestamos a quebrar el yugo de César... , de Satán.

*

Después, Jesús descendió lentamente, camino del desierto, por la senda que conduce a Engadí.

Ya su silueta se perdía en el horizonte, y todavía Juan, inmóvil, apoyándose en el tronco de la palmera, le miraba insistente, rasgando con sus ojos ávidos la lejanía gris...

1922 a 1925. (*)

(*) El autor ha soñado veinte años con escribir una VIDA DE JESUS, en la cual el Maestro, sin dejar de ser hombre, fuera siempre dios. Pobreza, tristeza y enfermedad no lo consintieron, y apenas ha logrado escribir la primera parte, fragmentaria y semicoherente. Las otras dos, parecen destinadas a ser la flor que muere sin abrirse.

I N D I C E

	PAGINA
Nota Editorial	7
Anunciación y Nacimiento	11
Génesis de la Leyenda	31
Viajes de Jesús	79
Misión	89
Juan el Bautista	99
Juan y Jesús	137
Hillel	147
El Bautizo	157

*Este libro terminó de imprimirse
el día 23 de Agosto de 1956, en
los Talleres del Departamento
Editorial del Ministerio de Cultura.
San Salvador, El Salvador, C. A.*

